

Nicolás y Peluquina, espías en La Trinidad y otros cuentos



Lissette Monge Ureña



Créditos

Lisette Monge Ureña

Autora

Elvis Mora Chaverri

Editor

Keilor Angulo Blanco

Composición y diseño

En la portada: *La Chapolera* o cogedora de café, óleo sobre lienzo de Diego Salgado (Antioquia, Colombia).

Presentación

En medio de la crisis sanitaria que ha suspendido las lecciones en todos los centros educativos del país, florecen las letras en un espléndido ramo de cuentos infantiles de la educadora Doña Lissette Monge Ureña.

Hoy, que los niños deben permanecer en casa al cuidado de padres o abuelos, nace esta excelente herramienta virtual para aprender y reflexionar a través de la lectura y las actividades divertidas que suceden en cada relato.

No hay duda, Doña Lissette sabe acercarse a los niños. Con notable habilidad, se convierte en la voz narrativa que hilvana seis fascinantes episodios de la Guerra Patria de 1856-1857, donde los pequeños lectores se encontrarán con el país de sus abuelos, la sencillez de la vida campesina y los patriotas que otrora consolidaron la Independencia Nacional.

Echando mano de la fantasía, la autora nos presenta a un Juan Santamaría que “sí fue a la escuela”; una lora ducha en las artes del espionaje; una heroica perrita a quien se concede grado militar o un Nicolás Aguilar Murillo que nunca reclamó su bien ganado premio, hasta que un Gobierno justo se acordó de reconocerlo. Pues sí, eso se vale en aras de la extraordinaria presentación de los mejores valores de la costarriqueñidad: el amor a la libertad, el valor de la amistad y la lealtad, el apego al trabajo, la humildad del alma campesina, la magnitud de los sentimientos y las emociones en los tiempos aciagos de la epidemia del cólera y sobre todo, la empatía para construir y seguir adelante desde las cenizas de la guerra.

Manuel Carranza

Presidente de la Academia Morista Costarricense





Índice

Créditos	2
Presentación	3
Prólogo	6
1856, un gran amor en los tiempos del cólera.....	7
Juancito, héroe del pueblo	19
Chuleta en la batalla de Sardinal.....	33
Nicolás y Peluquina, espías en La Trinidad.	43
James Brown, filibustero con alma de artista.....	59
¡Y terminó la guerra!.....	71

Prólogo

La autora, docente y miembro de la Academia Morista Costarricense, ha elaborado estos cuentos basados en la lectura de numerosos documentos y libros que se han escrito sobre la Campaña Nacional o Guerra Nacional Centroamericana de 1856-1857.

En 1856-57, fuimos a una guerra en contra de los invasores filibusteros que vinieron a estas tierras a imponer la esclavitud. Gracias a la visión de estadista del presidente don Juan Rafael Mora Porras y bajo su liderazgo, ganamos las batallas y expulsamos al enemigo, con la ayuda de los ejércitos de Guatemala, Honduras, El Salvador y Nicaragua.

En esta guerra, surgieron historias, unas de amor, otras de fieros combates, tragedias y la presencia de mascotas, muy apreciadas por los soldados. Junto a esto, las victorias obtenidas en los encuentros bélicos, afirmaron la soberanía, la independencia, la libertad, el trabajo y la paz de Costa Rica y de Centroamérica. Nunca seríamos siervos menguados de nadie.

Es un material didáctico que puede emplearse en el hogar o en el aula. El interés es que las familias, los adolescentes y la niñez lo utilicen de manera entretenida y se apropien de los hechos históricos más destacados de este proceso histórico que marcó, de manera significativa, el destino de nuestro país y el de Hispanoamérica.

Pero no lo olviden: son cuentos... disfrútenlos

Lisette Monge Ureña





Primer cuento: 1856, un gran amor en los tiempos del cólera

Las mañanas de los días lluviosos son limpias y hermosas. El cielo tiene un celeste nítido y las nubes son blancas con diseminados nubarrones grises que presagian las lluvias de las tardes. Pareciera que alguien tomara en las noches un cepillo con ceniza y lavara todo, dejando el paisaje colorido y fresco.



Los caminos de barro y piedra estaban lúcidos, sin polvo y las hojas de las plantas presentaban matices de verdes brillantes. Muchas flores engalanaban las orillas de los senderos y las guarias y lianas se entrelazaban en los troncos de los cedros y los robles que se erguían altaneros en las veredas.

Estábamos en octubre de 1855 y el agua brotaba a raudales en los ríos, en las veredas, en la corteza de los húmedos güitites, en las matas de café, en los cañaverales y las gotas de agua cristalina se deslizaban perezosas entre los pétalos de la guaria morada.

Al fondo, rodeada de potreros y vacas estaba mi casita de adobes, pintada con cal y tuna y con tejas color ocre, corroídas por el paso de los años. Ahí vivía con mis padres y 4 hermanos menores. Mi casa era como un campamento. Desde temprano nos levantábamos porque teníamos funciones asignadas y las cumplíamos sin refunfuñar. Las labores las iniciábamos con los primeros rayos del sol y concluíamos cuando llegaba la noche.

Había mucho que hacer para poder solventar las necesidades propias de nuestra vida campesina. Todo lo hacíamos con nuestras manos, absolutamente todo. La siembra en la huerta; la recolección de guayabas, güízaros, manzana de aire, nísperos; jocotes naranjas, limones, y la elaboración de las comidas; la confección de nuestra ropa; la pintura de la casa; el arreglo de las goteras entre las tejas de barro y la caña; el cuidado de los animales; la siembra, recogida, secado y molida del café; las tortillas; en fin,





todo lo elaborábamos de forma rústica y artesanal, y por eso nos quedaba poco tiempo para jugar y menos para vagabundear.

Nosotros vivíamos en Aserri pero papá y mamá nos llevaban a las fiestas patronales de Nuestra Señora de los Desamparados, porque hacían un turno lindísimo y llegaba gente de los pueblos vecinos.

Al llegar al turno, esperábamos que papá nos dijera en cuál sitio nos podíamos sentar a comer algún antojo. Nos encantaban las gelatinas de naranja servidas en las mitades ahuecadas de su cáscara, las melcochas sobre hojas de limón, las cajetas de chiverre cristalizadas, el biscocho sobre hojas de plátano, el arroz con leche, la torta de arroz, el dulce de coco y las sopas de pozol y de mondongo. Fue en uno de estos turnos patronales donde conocí a José María, un joven muy guapo de 17 años, igual que yo. Estábamos en la flor de nuestra juventud.

Me pareció el joven más agradable del mundo. Era descalzo, yo tampoco usaba zapatos, pero su camisa blanca y su pantalón caqui estaban bien engomados y limpios. Él me miró y yo hice todo lo posible para que él se me pudiera acercar para conocernos mejor.

Mi madre, que era muy observadora, me dijo al oído: “Voy a preguntarle a Chavela si lo conoce. Que me

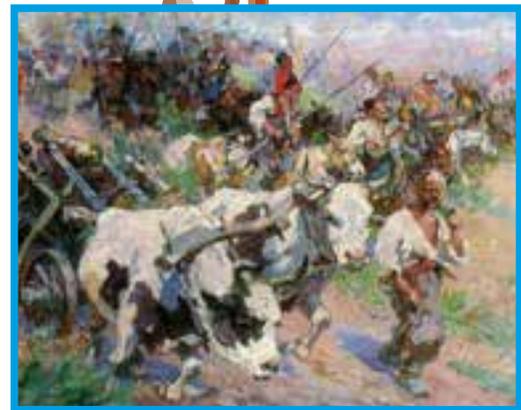
diga de qué familia es y si es un muchacho de buenas costumbres y trabajador”.

Chavela era comadre de mi madre y vivía detrás de la iglesia de Desamparados. Como buena vecina del centro del pueblo, conocía a todas las familias de los alrededores. Ella le confesó que era un muchacho esforzado y de buena familia, recomendación suficiente para que mi padre consintiera que le hablara.

Fue maravilloso y muy respetuoso nuestro noviazgo. Cuando nos veíamos en las fiestas patronales de San Miguel, de San Juan Bautista en Patarrá o de San Rafael, él me buscaba e invitaba a comer y nos sentábamos en las peñitas a orilla del camino para ver las carreras de cintas y conversar con otros amigos de nuestra edad.

El amor llegó y José María me habló de que nos casáramos. Le contesté que nos diéramos un tiempito más, porque yo ayudaba a mi madre con la crianza de mis hermanitos menores y que era mejor esperar a que estuvieran más grandecitos.

Risueño, José María me susurró al oído que me esperaría pero no mucho tiempo. Que le pediría a su papá un cerquillo que tenía para hacerme una casita y que tenía una yunta de bueyes y una carreta con la que seguiría haciendo fletes de café y caña, y con lo que ganaba podría mantenernos.





Había mucho trabajo en esos años. En el campo vivíamos en un ambiente de paz y de tranquilidad. José María me juraba que él me protegería y velaría por nuestros hijos. También, me confesó que le ilusionaba visitar unas tierras baldías que estaban más al sur de Desamparados y que eran muy fértiles. Que ya el Gobierno daba reales para que las poblaran. Eso me sonó bonito: emprender una vida juntos en tierras lejanas.

Desde ese día empecé a soñar con mi boda, con la fiesta, con los invitados, con mi vestido; que en cuál ermita nos casaríamos, que si daríamos a los invitados ponche, torta de arroz, cubases con choncho, gallina achotada, tortillas, tamal asado, totoposte, melcochas, café, guarapo, chinchiví, vino de nance o de mora, ponche o aguadulce, en fin que la gente estuviera alegre y bien comida.

¿Cómo compraría algo para llevar a la nueva casa, parecido al ajuar que llevó mi madre cuando se casó con mi papá, y sí él me daría las arras que auguraban abundancia y bienestar en mi hogar?; pero, sobre todo, lo que más me desvelaba era la cara que pondría mi papá cuando José María le pidiera mi mano, ¿se iba a poner bravo o lo aceptaría? ¡Ay, Dios mío!, mi cabeza explotaba de pensar en tanta cosa. Eso de casarse me estaba volviendo loca.

Pasaron algunos meses y llegó el verano. José María me dijo a finales de enero de 1856: “Leona, creo que abril sería un bonito mes para casarnos, ya que para esa época las cogidas de café habrán terminado y tendré un

dinerito ahorrado para construir la casa”. Le contesté asustada: “¡Santa María, los tres dulcísimos nombres de Jesús!” ¿De qué hablas José María? No estaba preparada para esta noticia, tampoco para la luna de miel, pero él me abrazó y me dio mucha seguridad. Lo miré a los ojos y le confirmé con mi amorosa mirada que gustosa aceptaba su propuesta.

Un domingo por la tarde, José María llegó a visitarme y me pidió que llamara a mi papá. Cuando decía que iba a hacer algo, lo hacía. Yo me puse muy nerviosa y le pedí a mamá que lo llamara. Ellos hablaron y luego mi papá me llamó a su lado, me abrazó y me dijo: “Hija, te doy la bendición porque te casarás con José María, que es un muchacho bueno y muy trabajador. Él responderá por vos y serás feliz a su lado”.

Subí a una nube de ensueño. Todo estaba listo para empezar una nueva vida al lado de un hombre serio y responsable; sin embargo, para nuestra desgracia, en la misa del domingo, el cura leyó una Proclama del Presidente D. Juanito Mora Porras, en donde decía que había llegado el momento que nos había anunciado y que nuestros hombres tenían que ir a defender nuestro país de una banda de advenedizos, escoria de los pueblos porque nuestra paz, nuestro territorio, nuestras familias, estaban siendo amenazadas por unos soldados invasores que llegaron a Nicaragua, la habían dominado y pensaban, también, tomar a Costa Rica y hacernos sus esclavos. Agregó muy alarmado que los varones de 15 a 50 años tenían que alistarse en el ejército para irse a luchar hasta más allá de la frontera con Nicaragua, para defender nuestra amada Costa Rica,





Todos nos volvimos a ver porque no entendíamos nada. ¿De qué hablaba el padre? José María tenía 18 años y nos íbamos a casar. ¿Cómo era eso que se iba para una guerra? ¿Volvería con vida? ¿Nos podríamos casar? ¿Tendríamos hijos? Mi mente quedó en blanco y mi corazón se hizo añicos.

José María, abatido, lloroso, con la cara compungida y los ojos desorbitados, me buscó el lunes siguiente. Ya lo habían llamado del Cuartel de Armas y él respondió como todo un patriota ante la amenaza del invasor. Nos abrazamos fuertemente. Nuestras almas se fundieron en un dulce beso. ¿Qué iba a pasar con nuestro amor? ¿Qué cólera tenía contra el destino, rabia por la convocatoria del presidente Mora y un profundo resentimiento en contra de esos invasores filibusteros! Estaba frustrada y con mucha angustia en mi corazón.

José María me tranquilizó al decirme que se iba a luchar por la patria y que D. Juanito Mora tenía información muy certera de que, si no peleábamos, nuestro país perdería su independencia, su soberanía, la tranquilidad con la que vivíamos, todo lo que teníamos y por lo que habíamos luchado años atrás y que él no iba permitir que nuestros sueños fueran destruidos por un grupo de maleantes fuereños, gente indeseable y mal intencionada.

A regañadientes, acepté que se marchara. Estaba tan enamorada que si el destino así lo disponía, esperarí mil años su regreso. Sentía mucha furia hacia quienes nos

estaban haciendo añicos nuestros anhelos e ilusiones y, de inmediato, busqué consuelo en mi fe religiosa. Empecé a orar y encomendaba a José María a todos los santos. Cuando José María inició su marcha hacia Guanacaste con las tropas costarricenses, al mando del Presidente Mora, las familias de los soldados que partieron con el Ejército Expedicionario, quedamos con el alma en vilo.

Hombres mayores y jóvenes se marcharon a la guerra. Quedamos los viejitos, las mujeres y los pequeñines. El trabajo en la finquita aumentó y se complicó. Mis hermanitos y yo hacíamos las labores del campo y mi madre nos preparaba los almuerzos y nos lavaba. Ella atendía la casa porque mi padre, con 40 años, también había respondido al llamado del Presidente Mora y estábamos solos con ella.

Todos los vecinos íbamos a misa los domingos para orar por nuestros soldados y para enterarnos de las novedades de la guerra. Por los partes de guerra, teníamos noticias de que José María y mi tata estaban con vida, pero ellos no sabían leer ni escribir, entonces nada nos escribían. Eso sí, nos dijeron que habían muerto muchos soldados en las batallas de Santa Rosa (el 20 de marzo), de Sardinal por el río Sarapiquí (el 10 de abril) y de Rivas (el 11 de abril).

Siempre los tiempos de guerra han sido muy duros, pero para mí, la espera fue devastadora y triste. Mis sueños se habían quedado en el limbo, congelados. No me daba cuenta si respiraba, si estaba con vida o si era un alma en pena. Hacía todos los trabajos como un cuerpo





sin espíritu que vagaba de un lado para otro, ausente y desmotivada. ¿Quién me podría garantizar que los hombres más queridos para mí volverían a la casa?

A finales de abril, comenzaron a llegar las tropas que venían huyendo despavoridas de una enfermedad mortal que llamaban la peste del cólera. La gente describía la forma como morían quienes tenían este mal y no podíamos dejar de asustarnos. Las batallas habían sido perdidas por nuestros enemigos, pero nuestras tropas, en vez de festejar sus victorias, regresaron enfermas y aterrorizadas al país, en busca de cura y de consuelo en sus familias. Esta peste se regó por todos los pueblos. El país olía a muerte.

Mi padre venía muy grave pero José María no regresó. Me dijeron que había enfermado del cólera y que no pudo regresar con el ejército. Que había luchado con coraje y bravura en las batallas de Santa Rosa y Rivas. Me sentí desconsolada. Estaba sola y sin ilusiones para seguir viviendo.

No teníamos tiempo de llorar a los muertos porque las mujeres y nuestros niños y niñas trabajábamos arduamente para mantener activa la recolección de las cosechas. La pobreza aumentaba y sentíamos que estábamos al borde de un colapso nacional. Pero el presidente Mora llamó de nuevo al ejército a las armas, apenas los soldados se repusieron de la peste.

Grandes y significativas batallas sucedieron a finales de 1856 y en los primeros meses de 1857, como de la

Trinidad, la toma de los vapores de la Compañía del Tránsito en el río San Juan y otras batallas en Rivas y pueblos vecinos. Lo único que nos alegraba era saber que nuestras tropas se anotaban heroicos triunfos y que ya la ruta del río San Juan era nuestra.

En mi triste soledad, me senté en el escaño del corredor a escoger frijoles, cuando visualicé a mis hermanitos, quienes, jadeando y con gritos, anunciaban alegres que la guerra había terminado y que, el 1.º de mayo, el jefe de los invasores, el tal William Walker, se había rendido y se había ido de Nicaragua con sus soldados.

Me puse de pie y les pregunté con voz entrecortada y llorosa: “¿Y eso qué significa?” Ellos, al unísono, contestaron con una alegre y pícaro sonrisa: ¡Que José María va a regresar!

La rabia y la profunda cólera por mi mala suerte acumulada en todos esos meses se fueron de repente. La palangana con los frijoles salió volando. La mirada se me iluminó y mi corazón volvió a latir con fuerza: ¡mi amado volvería!

Vislumbré en las colinas mi casita de adobe con pequeños que corrían de un lado para otro y yo reposando mi cabeza en el hombro afectuoso de José María, ¡mi héroe del 56!



Actividades

para realizar en casa

1. Lean el cuento de manera individual o grupal.
2. Busquen en el diccionario el significado de palabras desconocidas.
3. Busquen en un mapa de Costa Rica y de Centroamérica los siguientes sitios: Desamparados, Patarrá, Aserri, San Rafael, Guanacaste, Hacienda Santa Rosa, Sardinal, Rivas, (Nicaragua) y río San Juan.
4. Busquen parejas de novios o novias, entre las fotografías familiares y escojan la que más se identifique con Leona y José María.
5. En presencia de una persona adulta, consulten la receta para elaborar uno de los platillos que se mencionan en el cuento y degústelo en familia.
6. Organicen una obra de teatro con los personajes del cuento y modifiquen algunas escenas conforme a las sugerencias y gustos de cada personaje. Ejemplo: realizar la boda.
7. Elaboren un ensayo sobre la importancia de las mujeres y la niñez costarricense durante la guerra de 1856-57 para exponerlo ante los familiares.
8. Investiguen sobre comidas, costumbres y tradiciones de la población costarricense en la década de 1850. Ilustrar con afiches y dibujos el producto de las investigaciones
9. Confeccionen un diccionario pictórico con los siguientes nombres de personas y lugares relacionados con la Campaña Nacional de 1856 y 1857: Juanito Mora//William Walker, // Santa Rosa// Sardinal// Rivas// Cólera morbus// Aserri// Viscocho// tamal asado// Cajeta de chiverre.
10. Investigar cómo se bailaba polka o vals. Práctiquelo y disfrútelo.





Segundo cuento:

¡Juancito, héroe del pueblo

uan, Juan, Juancito, muchacho, traeme la leña que está en la troja!

-¡Este chiquito que solo quiere vivir jugando!- agregó molesta ña Manuela, madre de Juancito. Estaba acostumbrada a trabajar de sol a sol para darle ropa y sustento a este niño que era la ilusión de su vida, pero tenía que educarlo muy bien para que llegara a ser un digno ciudadano de la patria.

Vivían juntos en una casita de adobes en Alajuela, como a 500 metros de la iglesia. Desde que Juancito vino al mundo, ella le prodigó cariño y educación. Ya lo decía el cura que se educaba con amor y con rigor, al mismo tiempo.



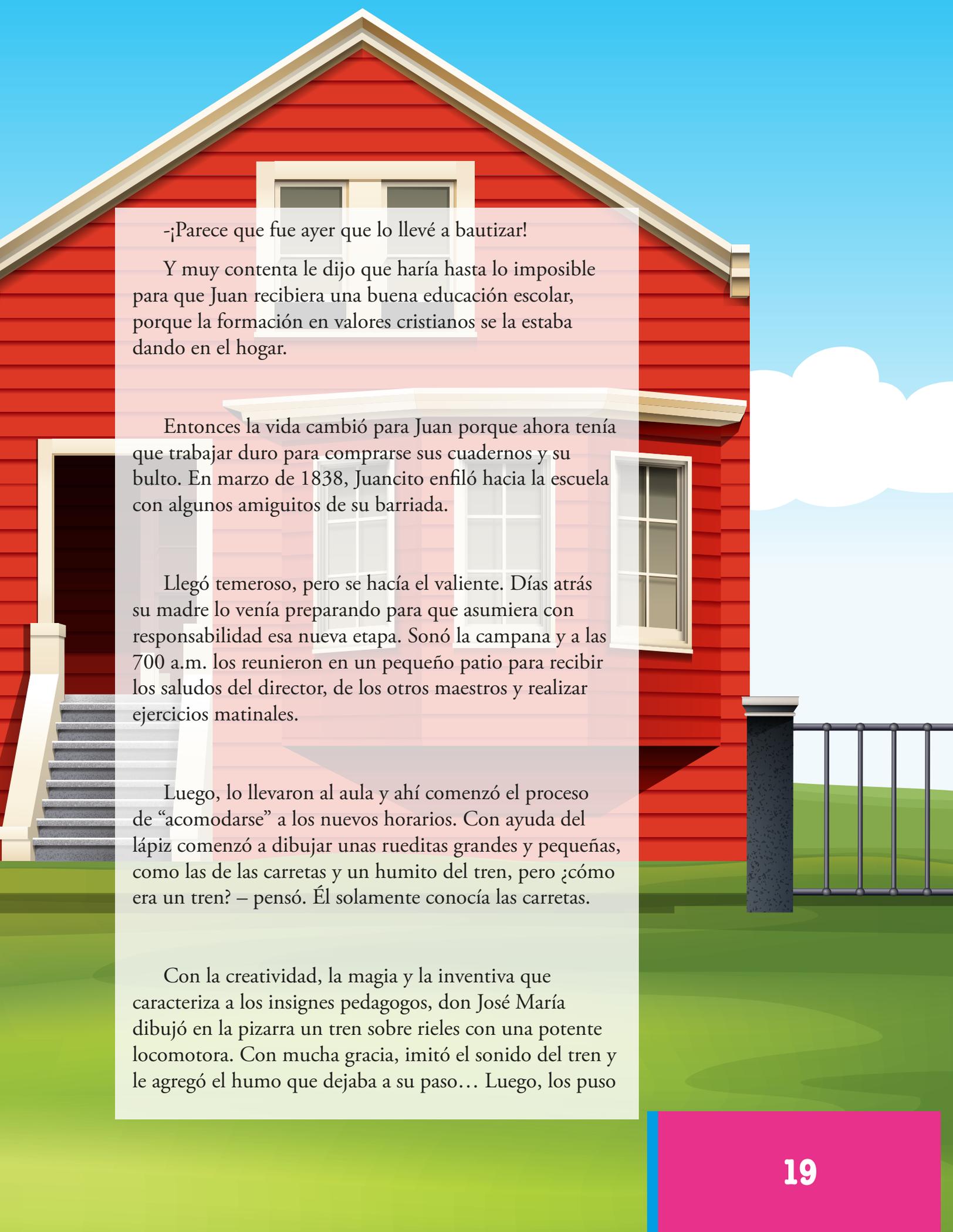
De pequeño, junto a sus vecinos y vecinas de la misma edad, pasaba entretenido jugando bolinchas y cargando carretas pequeñas con granos de café, frijoles, maíz y caña de azúcar para llevarlas al puerto de Puntarenas.

También jugaba de casita. A él le tocaba siempre traer la leña para el fogón que, “de mentirillas”, encendían para cocinar sus comidas. En ocasiones, doña Manuela contribuía y les hacía sopas de leche con tortillas, melcochas y aguadulce, simulando que era la fiesta patronal de San Juan Bautista, porque, en su honor, le había puesto ese nombre a su querido hijo.

Juancito vivía feliz en medio de la pobreza generalizada de aquellos años. Nunca conoció a su padre, pero de su madre recibió todo el cariño y el apoyo que necesitó.

Le llamaban en el barrio “el Erizo”, porque su pelo negro ensortijado y su piel morena dejaban entrever que en sus antepasados hubo alguien de la etnia negroide.

El maestro, Don José María Castillo, visitó a doña Manuela para decirle que ya Juan tenía edad para ponerse serio e ir a la escuela. Ella exclamó sorprendida:



-¡Parece que fue ayer que lo llevé a bautizar!

Y muy contenta le dijo que haría hasta lo imposible para que Juan recibiera una buena educación escolar, porque la formación en valores cristianos se la estaba dando en el hogar.

Entonces la vida cambió para Juan porque ahora tenía que trabajar duro para comprarse sus cuadernos y su bulto. En marzo de 1838, Juancito enfiló hacia la escuela con algunos amiguitos de su barriada.

Llegó temeroso, pero se hacía el valiente. Días atrás su madre lo venía preparando para que asumiera con responsabilidad esa nueva etapa. Sonó la campana y a las 700 a.m. los reunieron en un pequeño patio para recibir los saludos del director, de los otros maestros y realizar ejercicios matinales.

Luego, lo llevaron al aula y ahí comenzó el proceso de “acomodarse” a los nuevos horarios. Con ayuda del lápiz comenzó a dibujar unas rueditas grandes y pequeñas, como las de las carretas y un humito del tren, pero ¿cómo era un tren? – pensó. Él solamente conocía las carretas.

Con la creatividad, la magia y la inventiva que caracteriza a los insignes pedagogos, don José María dibujó en la pizarra un tren sobre rieles con una potente locomotora. Con mucha gracia, imitó el sonido del tren y le agregó el humo que dejaba a su paso... Luego, los puso



en fila para hacer un simulacro de cómo se abordaba y se viajaba en tren. Acomodó los bancos como si fuera un vagón y se convirtió en maquinista. Comenzó a narrarles las bellezas que podrían observar a través de los ventanales “ficticios” del vagón, y les dio libertad para que aportarán, de su propia imaginación, cosas que veían desde sus asientos.

Pedro dijo que veía muchas vacas descansando bajo la sombra de un gran árbol, una de ellas daba de comer a un pequeño ternero; Mariquita describió un río celeste con muchos peces; Marcos visualizó a su madre moliendo unas ricas tortillas; Juancito vio un turno con ricas comidas y un señores tocando una música muy alegre; Francisca dijo que le parecía ver un trapiche con bueyes y carretas y en la montaña un pueblito de casas blancas y techos de teja roja. Es así como los doce integrantes del grupo se reían y disfrutaron tanto este paseo que cuando el maestro dijo: ¡Pummmmm, pummmmm, pummmmm ya llegamos a nuestro destino final, nadie se quería bajar!

Luego, siguió el recreo y Juancito jugó bolinchas, trompos, escondidas, al ratón y al gato, y rápidamente se comió dos empanadas de chiverre y un fresco de limón que le había puesto su mamá dentro del bulto. En su primer día, escolar había llenado dos páginas del cuaderno con humitos del tren, bolitas y palitos. Su mano se movía con mayor facilidad al terminar los ejercicios previos a la escritura

Sonaron las campanas y salieron dando saltos de felicidad ¡Cuánto habían aprendido y cómo se había reído! De ahí en adelante, Juancito era el primero en llegar a hacer las tareas y muy temprano en las mañanas se bañaba con agua muy fría en una pila alta que tenían en la casa y se alistaba con el uniforme que su madre le preparaba todos los días. Esta ilusión de aprender nunca se le borró de su mente.

El maestro estaba muy satisfecho con el rendimiento de este grupo. Cuando hacía la entrega de notas llegaban los padres y le escuchaban decir muchos elogios. Doña Manuela se sentía como un pavo real, porque Juan tenía las mejores notas y era muy querido.

Un día el maestro les dijo que una banda iba a tocar después de la misa de 10 de la mañana y que le gustaría que fueran a escucharla. Como Juan vivía cerca del parque, le pidió permiso a su madre y se fue con sus amiguitos. ¡Qué emoción sintió Juan cuando escuchó los himnos y vales que interpretó esta banda! Muy impresionado, se quedó después de la presentación para ayudar a guardar los instrumentos y aprovechó para preguntarle al músico que tocaba el tambor, si era fácil hacerlo. Le respondió que todo lo que se propusiera en la vida lo podría lograr si lo realizaba con entusiasmo y perseverancia.



Niño con tambor, de M. Azofeifa.



Juancito salió corriendo para su casa y volvió loca a su madre con el cuento de que él quería aprender a tocar el tambor en la banda. Doña Manuela, quien a duras penas conseguía pagar el alquiler y darle de comer a su hijo, le contestó que tal vez, más adelante, le ayudaría a hacer realidad este sueño. Juan comprendió la desesperanza reflejada en el rostro cansado de su hermosa mamá y se fue calladito a llorar su desilusión donde ella no lo viera.

Pero un día Juancito contó a su maestro su ilusión frustrada y este conversó de inmediato con el director de la banda del cuartel. Sin pensarlo dos veces, lo integró a los ensayos. En un mes, ya Juancito sonriente y muy realizado daba sus primeros toques al tambor. A Juan en el cuartel lo llamaron “El Tamborcillo” porque era muy hábil tocando este instrumento. Posiblemente, en sus venas corría el gusto por el sabor y la alegría que proporcionan los tambores en los ancestrales ritmos africanos.

También, Juan ayudaba como sacristán en la iglesia y acompañaba al padrecito a llevar la comunión a los más viejitos del barrio. Ahí conoció la dignidad con que llevaban la pobreza algunos vecinos, porque el padre les preparaba bolsas con ropita y alimentos para que llevaran a sus casas. Este era un secreto compartido entre él y el cura.

El tiempo pasó. Juan con 24 años trabajaba como jornalero y albañil. Su ilusión, además de tocar el tambor en la banda, era la de proporcionarle a su madre una mejor casita y que no tuviera que lavar ropa ajena. Manuela Santamaría contemplaba con ternura y mucha satisfacción a su muchacho. Era un joven bueno, trabajador, honrado y amoroso. ¡Nada más podía pedirle a la Divina Providencia!

Eran tiempos de paz y de progreso. El cultivo del café llevaba oportunidades de trabajo para mucha gente, pero esta tranquilidad se verá amenazada por la llegada a Nicaragua de un grupo de soldados llamados filibusteros, al mando de un aventurero llamado William Walker. Este pretendía establecer la esclavitud en estos territorios.

El Presidente Juan R. Mora, don Juanito como le llamaba el pueblo con mucho cariño, visualizó el peligro y preparó al ejército. Entonces un amigo invitó a Juan para enlistarse en el ejército porque defenderían a sus familias, a la patria y les iban a pagar un salario atractivo.

Juan, en varias ocasiones, había observado a su amiga Francisca pasear con una joven muy hermosa, trigueña de ojos verdes que lo traía trastornado. Frente al espejo cerró sus ojos y se visualizó vestido con el uniforme militar, cargado de condecoraciones. Mínimo quería llegar a ser un Coronel...bueno se conformaría con ser un sargento. A su lado, aparecía, vestida de novia, aquella hermosa





chica de ojos verdes. De pronto, se preguntaba, cómo podría hacer realidad ese sueño.

Salió de manera apresurada donde su amigo y le dijo que estaba dispuesto a formar parte del ejército. Ambos se abrazaron sonrientes y partieron a reclutarse.

Doña Manuela supo de la decisión que había tomado su hijo porque una vecina se lo contó y casi se desmaya. Esperó a que Juan regresara de una finca de café donde trabajaba como peón, y le preguntó muy seria que por qué había tomado esa decisión. Juan, muy respetuoso, le contestó que era la única oportunidad que tenía para mejorar su vida y dejar de ser tan pobres.

Ella le recordó que en las guerras morían muchos inocentes pero que en esta ocasión el destino de Costa Rica estaba en peligro. Juan respondió que si era necesario ofrendaría su vida para darle a ella todo lo bueno que merecía y devolverle a su patria la paz y la libertad amenazadas.

Sollozando en su hombro, doña Manuela sintió que este era el abrazo de despedida de su amado Juancito. En cambio, él visualizó una linda casa donde su madre viviría como una reina, y él cuidando una prole de güilitas, junto a la chica de sus sueños.

El momento esperado llegó. Juan recibió la orden de que partirían a enfrentar al enemigo en Nicaragua y esa tarde en el parque se topó de frente con su amiga Francisca que venía acompañada con su adorada morena de ojos verdes. Se quedó mudó y palideció. Ellas risueñas notaron su angustia y Francisca procedió a presentarle a Rosaura, quien vivía en Heredia, pero que, de vez en cuando, sus padres la traían a pasear a su casa.

Juan se fue serenando y en cuestión de media hora los tres compartían tan alegres como si se conocieran de toda una vida. Se sentaron en un “pollito” del parque bajo la sombra de unos palos, cargados de mangos pintones y maduros. Recogieron algunos y Francisca ofreció lavarlos en la fuente del parque, pero lo que realmente intentaba era dejarlos solos. Juan aprovechó el momento para tomarle la mano a Rosaura y confesarle que por años ella había sido la causa de sus desvelos. Con un intercambio de miradas cargadas de ternura, iniciaron un romance tan sincero y profundo que nunca más lograrían olvidar.

Juan lamentaba que la tratara personalmente la víspera de irse con el ejército, pero le prometió que volvería a su lado y que juntos disfrutarían de mejores momentos.

Se despidió triste y apesadado. Era el amor de su vida. No tenía nada que ofrecerle pero le juró que, a su regreso, victorioso y lleno de medallas ganadas por sus actos de heroísmo, la haría sentirse muy feliz. Ambos se abrazaron y bajo un frondoso árbol de mango, con un discreto beso en la mejilla, sellaron su compromiso.





Juancito y sus compañeros reciben en la Catedral la bendición del obispo y el 3 de marzo de 1856 enrumban hacia Nicaragua. No era un ejército conformado por humildes jornaleros descalzos con picos y sachos. Era un contingente de patriotas bien preparados y equipados con armas de moderna tecnología. La organización de mando del ejército estaba a la altura de los ejércitos europeos y al frente, marchaba don Juanito, estadista visionario y valiente que logró levantar el espíritu cívico patriótico del pueblo a niveles sublimes.

Todos al unísono respondieron con altiva gallardía al llamado de su Presidente en su II Proclama al pueblo:

Compatriotas:

“¡A las armas! Ha llegado el momento que os anuncié. Marchemos a Nicaragua a destruir esa falange impía que la ha reducido a la más aprobiosa esclavitud. Marchemos a combatir por la libertad de nuestros hermanos... ¡Paz, justicia y libertad para todos!. ¡Guerra sólo a los filibusteros!”

Y así este grupo de ciudadanos costarricenses, con edades entre 15 y 50 años caminando por la Ruta de los Héroes, llegaron a Liberia y de ahí siguieron otra dura jornada hasta a la hacienda Santa Rosa. El 20 de marzo en una batalla que duró apenas 14 minutos nuestro ejército venció, de manera incuestionable y muy rápida a más de

300 filibusteros, apostados dentro de la casona de esta hacienda.

Esta victoria dice a William Walker que Costa Rica y su pueblo nunca permitirían que nos privaran de la paz y la libertad que disfrutábamos y que con la ayuda de los países centroamericanos lo expulsaríamos para siempre de estos territorios.

El ejército costarricense continúa con la persecución de los filibusteros que huyeron en estampida hacia Nicaragua. El 11 de abril en Rivas, los costarricenses necesitan desalojar a los filibusteros que se refugiaban en un mesón o casa para atender huéspedes de un señor de apellido Guerra. Por eso le llamaban el mesón de Guerra y era necesario sacarlos de este estratégico lugar.

El presidente Mora estaba con ellos. El alto mando sugirió que se prendiera fuego a este mesón y dos valientes soldados trataron de hacerlo pero resultó infructuoso el esfuerzo. Uno murió en el intento y el otro quedó mal herido.

Rodeados de un ambiente de mucha incertidumbre, bajo una lluvia de balas, el humilde tamborcito se ofreció para realizar tan peligrosa misión. Todos perplejos se volvieron a ver. Admiraron su valentía y su desprendimiento por la vida, pero lo que impulsaba a Juan a realizar este acto de heroísmo fueron sus tres





grandes amores: su patria, su madre y Rosaura, su morena de ojos verdes. Eso así, aceptaba el reto bajo una condición: que sí moría, velarán por su madre.

Juancito, el chiquillo humilde del barrio de los mangos, el erizo buen hijo y amigo, el tamborcillo enamorado, henchido de amor y fiel a su compromiso como soldado, toma la ardiente tea, se despide de sus compañeros, invoca a Dios y a su madre y sale corriendo hacia el mesón. Logra prenderle fuego pero cae abatido por las balas enemigas.



Treinta y cinco años después se inaugura su estatua en el parque de Alajuela que lleva su nombre. Y por eso, los 11 de abril en Alajuela, la ciudad de los mangos, se festeja esta histórica hazaña. Juan Santamaría es el héroe del pueblo, el símbolo de este pueblo valiente y soñador, que no permitió ser esclavizado.

Actividades

para realizar en casa

1. Lean el cuento de forma individual o en familia. Un miembro de la familia buscará en el diccionario las palabras desconocidas.
2. Localicen en un mapa de Costa Rica la provincia de Alajuela y la ciudad de Liberia, y en un mapa de Nicaragua localicen la ciudad de Rivas.
3. Comenten en el núcleo familiar las impresiones de su primer día de clases.
4. Investiguen los juegos y diversiones que protagonizaba la niñez costarricense en 1850.
5. ¿Es importante recibir formación en el hogar y en la escuela? Comenten en familia por qué ambas formaciones son complementarias.
6. ¿Consideran que José Ma. Castillo fue un maestro inspirador para Juan Santamaría? Justifiquen su respuesta.
7. Citen tres valores que identifican a doña Manuela Santamaría y a su hijo Juan Santamaría.
8. ¿Cuál fue la lección que dio el tamborillero de la banda a Juan Santamaría? Comenten en familia.
9. ¿Consideran que los tres amores de Juan justifican el sacrificio de su vida?
10. ¿Es Juan un héroe querido por el pueblo costarricense? Justifiquen su comentario con base en sus experiencias en la escuela y en el colegio.
11. Elaboraren en familia un mapa con la Ruta de los Héroes, consultando Internet.



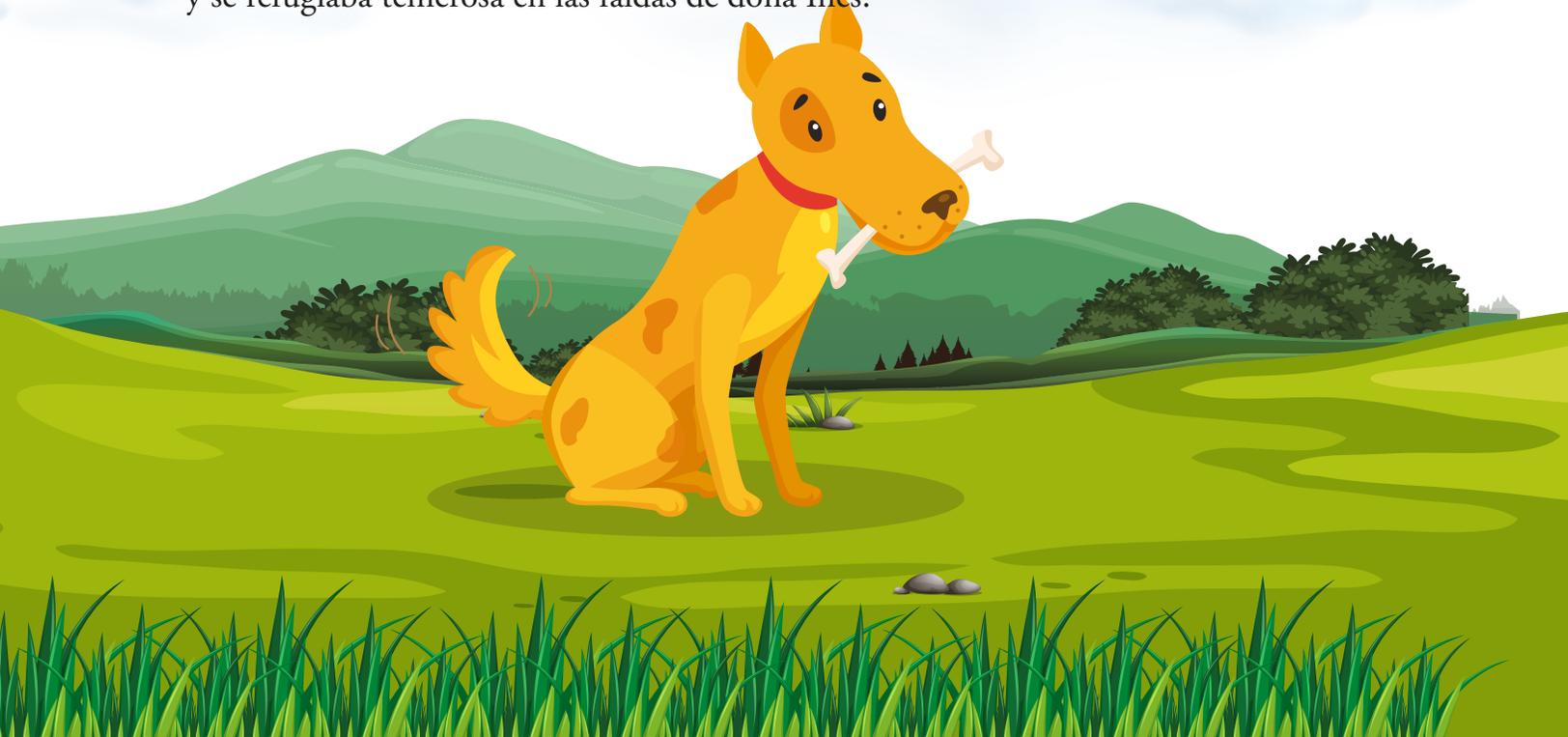


Tercer cuento: Chuleta en la batalla de Sardinal

Chuleta nació de última, de una camada de seis perritos. Cuando pudo olfatear dónde estaba su alimento, no pudo tomarlo porque sus hermanos mayores se lo impidieron. Así es que creció siempre entre las migajas que le dejaban los otros.

La matrona, doña Inés, de vez en cuando, le daba una lechita con tortilla para que se repusiera y así creció, sin estímulos ni cariños especiales, de la mano de Dios.

Trató de llamar la atención y de sobresalir en algo, pero aunque hacía sus mejores esfuerzos siempre llegaba tarde, salía corriendo cuando los fuertes la amedrentaban y se refugiaba temerosa en las faldas de doña Inés.

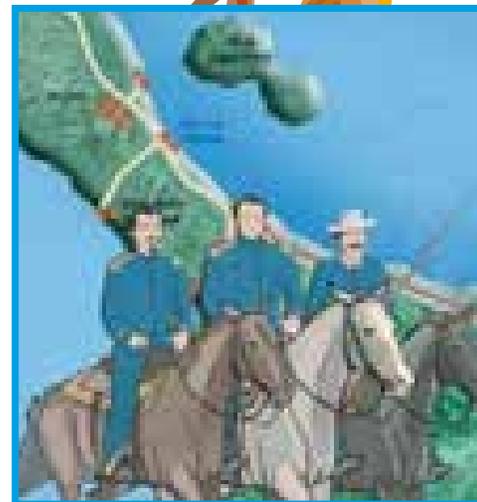


El patrón, ñor José María, le tenía lástima porque él era de cuna pobre, y todo lo que había logrado obtener en esta vida le había costado sudor y más sudor. Un ranchito, una chacra sembrada de maíz y algunos vegetales, una yunta de bueyes y una carreta. Ese era todo su patrimonio, pero lo más valioso eran sus ocho hijos que le ayudaban a mantenerse con el trabajo realizado entre todos.

Y ahí, en la vereda izquierda del majestuoso río Sarapiquí, tenían su hogar. Vivían tranquilos, y solamente la luz del día y las sombras de la noche hacían que su vida cotidiana transcurriera entre un período de descanso y otro productivo.

En tono burlesco, a Chuleta la apodaron así por su esquelética figura, pero ella disfrutaba la vida al lado de sus hermanos y perros vecinos. Con el paso de los años, aprendió a ayudar en las labores de cuidado del rancho y no permitió que se acercara ningún advenedizo ni animal peligroso.

En su currículum, destacaba la defensa que hizo de un ternero recién nacido cuando un tigrillo de montaña se lo quiso llevar. También, la frenética valentía con la que defendió a Gasparcito, el pequeñín de la casa, del ataque de una terciopelo; y cuando ladró hasta quedarse afónica, alertando de una manada de saínos salvajes que eran el tormento de la zona y que destruían todo lo que encontraban a su paso.





Pero cuando obtuvo el mayor reconocimiento familiar, fue cuando se enfrentó a unos coyotes hambrientos que querían comerse las gallinas. Ese día, toda la familia asistió a un matrimonio de un vecino y dejaron la casa bajo el cuidado de Chuleta. El ataque se produjo como a las seis de la tarde. Cuando regresaron, encontraron a Chuleta herida, y el gallinero con todas las gallinas vivas, pero alborotadas y nerviosas.

A partir de ese día se ganó el honor de comer con la familia en la mesa de la cocina, y acompañaba a ñor José María cuando salía a laborar en la huerta. Era la más valiente entre los valientes.

Una mañana del mes de abril, oyeron unas voces de hombres cerca del rancho. Doña Inés llamó desesperada a Chuleta para que estuviera cerca y la protegiera, pero no resultaron enemigos. Era un contingente de 100 soldados costarricenses, la mayoría provenientes de Alajuela, que iban de paso.

Ñor José María interrogó al jefe, que se llamaba general Florentino Alfaro Zamora. Este le explicó que se trasladaban a pie para enfrentarse a un grupo armado de invasores llamados filibusteros, quienes venían desde Nicaragua a apoderarse del país. Doña Inés abrió los ojos y exclamó:

-¡Santa María, madre de Dios!... ¿es qué acaso estamos en guerra?



Sus hijos alarmados los rodearon para enterarse de tan funesta noticia.

-¡Sí estamos en guerra! – exclamó el General.

Chuleta se puso inquieta. Sus amos estaban angustiados. No estaba clara la situación para ella. De pronto, llegaron unos extraños y en vez de echarlos, los recibieron de buena manera y hasta les ofrecieron ayuda. Tampoco entendía por qué todos se vestían parecidos y quién era ese señor tan serio y con aires de gran señor a quien llamaban “Mi General”.

El general Alfaro seguía las instrucciones del comandante en jefe y presidente de la República, don Juan Rafael Mora Porras, estratega militar ingenioso, quien sabía que tarde o temprano nuestro ejército se enfrentaría al invasor en el río Sarapiquí y quiso cerrarles el paso lo más pronto posible.

Se tomaron las precauciones debidas y el contingente de soldados alajuelenses, liderado por el general Alfaro, marchó por la ribera del lado izquierdo del río Sarapiquí, rumbo al río San Juan. Es así como se toparon con el rancho de ñor José María.

Doña Inés, solidaria, cooperadora y como buena patriota sirvió a las hambrientas tropas gallina achotada con





agua dulce, tortillas y totoposte. Chuleta no se le despegaba. Tanta fidelidad llamó la atención del general Alfaro, quien de forma espontánea le acarició su cabeza; y mientras saboreaba la deliciosa cuchara de doña Inés, preguntó:

-¿Y esta perrita tan fiel, de dónde salió?

Chuleta se volteó sorprendida y lamió la mano del General. Por primera vez alguien, que no era uno de sus amos, le brindaba cariño. El general Alfaro comenzó a jugar con ella y esta, mimosa y muy alegre, le siguió el juego. De forma espontánea, surgió una amistad entre ambos y de ahí en adelante, Chuleta fue la sombra permanente del general Alfaro.

Los hijos de doña Inés, henchidos de amor patrio, se ofrecieron para luchar en esta batalla. El general Alfaro les permitió que participaran en las preparaciones bélicas, pero que solamente los ocuparía si se necesitaban refuerzos.

Los llamados filibusteros, ni lerdos ni perezosos, ya habían recibido noticias del avance de este grupo de soldados costarricenses y enviaron 100 soldados en 4 embarcaciones, desde el puerto de La Trinidad, ubicado en aquellos años donde desemboca el Sarapiquí en el río San Juan. Estos soldados enemigos venían navegando por el río Sarapiquí, hacia el sur, porque su interés era apoderarse de San José.

El 10 de abril de 1856, entre las 8 a.m. y las 11 a.m., en una pequeña ensenada, donde el río Sardinal se une al Sarapiquí, ocurrió la esperada batalla. Chuleta, como solía hacerlo, con fuertes y rabiosos ladridos, avisó al ejército costarricense, que los filibusteros se acercaban sigilosos por el río; entonces nuestros soldados, en forma valiente y con premura, les prepararon una emboscada.

En el intercambio de balas, Chuleta corría desesperada de un lado para el otro y cuando cayó herido en su brazo derecho el general Alfaro le hizo guardia de honor y lamía con ternura su herida. Fiel a su General, nunca lo dejó solo hasta que este recibió ayuda médica; aun en esos momentos se mantuvo junto a él y lo miraba con unos ojos lacrimosos y de profunda tristeza.

Chuleta nunca imaginó que sería una insigne protagonista de la segunda batalla que libraron nuestros ejércitos en territorio nacional, porque la primera había sucedido en Santa Rosa, el 20 de marzo de ese mismo año. Ella compartió la victoria con su General y los valerosos soldados que lucharon en contra de la falange filibustera en Sardinal.

Chuleta, orgullosa y muy contenta, meneaba su cola porque, sin saberlo, contribuyó con sus acciones valientes y osadas a que esta gloriosa columna de soldados costarricenses mantuviera el control e impidiera más ataques de los filibusteros, utilizando la tradicional vía de transporte del río Sarapiquí hacia el interior de nuestro país.





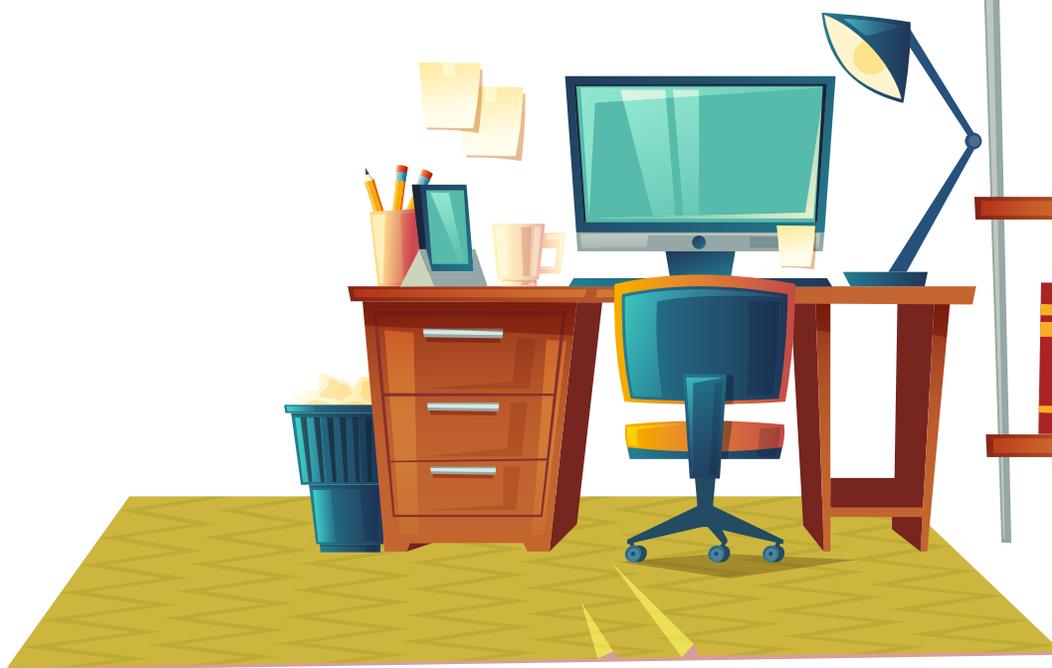
El combate de Sardinal le demostró a William Walker, líder de los filibusteros, que no le resultaría fácil apoderarse de Costa Rica ni de Centroamérica, porque sus moradores estaban decididos a defender con sangre, valor, coraje y plomo su libertad y su soberanía y que, liderados por el Presidente don Juanito Mora, el triunfo estaba de nuestro lado, tal como sucedió un año después.

Cuando regresaron las tropas victoriosas a la capital, el general Alfaro nunca más se separó de Chuleta, compañera inseparable en otras batallas. Gracias a su olfato del peligro, coraje, nobleza y lealtad, el general Alfaro le concedió el honroso grado militar de “Chuleta, Generala cinco estrellas en la batalla de Sardinal”

Actividades

para realizar en casa

1. Lean el cuento evacuando las dudas del vocabulario desconocido. Utilicen un diccionario. Uno de los integrantes de la familia irá buscando en el diccionario las palabras desconocidas.
2. Ubiquen en un mapa de Costa Rica el río Sarapiquí.
3. Enumeren el aporte de las mascotas en la dinámica de los hogares y como compañía de las personas que viven solas.
4. Destaquen la lealtad y solidaridad de Chuleta con el General Florentino Alfaro.
5. Dibujen y pinten a Chuleta de manera semejante a la macota de sus más cercanos familiares y amigos.
6. Redacten un texto pequeño en donde expliquen la importancia de la batalla de Sardinal para la defensa del territorio nacional, frente al avance de los filibusteros.
7. Destaque los valores que distinguen a Chuleta como una mascota valiente y escriban una lista de esos valores.
8. Elaboren una canción sobre Chuleta y su historia como mascota del ejército victorioso en la batalla de Sardinal. Pónganle el ritmo que más les guste de una canción conocida y cántenla en coro con sus familiares.





Cuarto cuento: Nicolás y Peluquina, espías en La Trinidad.

n 1856, Costa Rica estaba en guerra. El visionario y valiente presidente Juan Rafael Mora Porras y su Estado Mayor conocieron los planes esclavistas de William Walker y sus soldados llamados filibusteros, para la región centroamericana. Al siguiente día de la batalla ocurrida el 11 de abril de 1856, en Rivas, en Nicaragua, el presidente Mora se vio obligado a suspender la guerra y ordenó el regreso a Costa Rica de las tropas que sufrían el flagelo de la epidemia del cólera morbus.

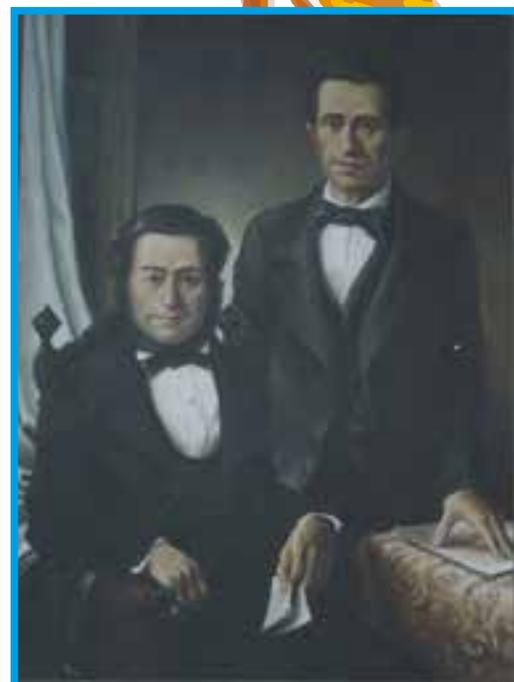


En aquellos días, eran muchas los sobresaltos y temores que asediaban al Presidente Mora. Su mayor anhelo era el de superar la epidemia del cólera y ganarles la guerra a los filibusteros. En sus constantes desvelos, ideaba planes estratégicos para apoderarse de la vía del tránsito, ruta que le permitía a William Walker abastecerse de hombres, comida, armamento, pertrechos y medicinas. Asimismo, esta ruta era utilizada por miles de pasajeros provenientes de los territorios ubicados al este de los Estados Unidos, quienes deseaban llegar a las minas de oro recién descubiertas en California.

El trayecto era muy exótico y se economizaban muchos días de viaje: tomar esta ruta de navegación desde el puerto de Greytown en el océano Atlántico hasta la Virgen, en el Gran Lago, atravesando el río San Juan y continuando por tierra hasta llegar al puerto de San Juan del Sur, en el océano Pacífico.

Juan Rafael Mora, llamado don Juanito por el pueblo, vivía atormentado con la célebre frase de Walker: *five or none*. O sea, las cinco repúblicas o ninguna. Esto significaba que desde Guatemala hasta Costa Rica, Walker implantaría la esclavitud y eso no dejaba en paz a los gobiernos de las jóvenes repúblicas centroamericanas, y menos al presidente Mora.

Cuando un grupo de soldados muy enfermos de cólera regresaba al país, se quedó a descansar en Orotina. De pronto, una manada de loras surcó los cielos, una de estas loras se desprendió del grupo y voló hacia donde





estaban los soldados. Desconfiada y recelosa, caminó hacia donde estaban reunidos alrededor de una olla sobre tinamastes y ardientes trozos de leña.

Francisca Carrasco, soldadadera oriunda de Cartago, tomó en sus brazos la lora y la abrigó con su delantal, mientras preparaba una deliciosa sopa para levantar los ánimos y las defensas de los moribundos compañeros.

Este cariñoso y fraternal gesto de cariño hizo que Peluquina, nombre con el que bautizó Pancha a esta lora, por tener plumas muy desordenadas en su cabecita, se sintiera confortable y bien recibida, en un ambiente triste pero hospitalario y fraternal.

En adelante, Peluquina se convirtió en su mejor vigía porque los acompañó en ese doloroso retorno a casa, cuando todo era amargura, incertidumbre y desilusión. El cólera mataba a los soldados y a sus familias. No perdonaba edad, sexo ni condición social. Se llevó el diez por ciento de la población nacional. Fue realmente un caos y un reto que puso a prueba la unión familiar y la colaboración entre el gobierno, médicos, enfermeras, familiares y vecinos.

Pancha Carrasco no podía cuidar bien a Peluquina porque tenía que atender a tanto enfermo víctima de la peste y se la encomendó al sargento Nicolás Aguilar Murillo, herediano de cepa, soldado valiente y gentil, quien la acogió con mucho cariño.

Peluquina aprendió de Nicolás el oficio de todo buen soldado: siempre estaba lista para cualquier eventualidad militar, ya fuera en las reuniones del alto mando, en los alegres y bulliciosos ratos de esparcimiento entre los soldados o en el silencio absoluto de las noches de vigilia. Esta simpática lora nació para nunca ser olvidada, porque prestó servicios a la patria, en momentos en que toda ayuda era muy bien recibida por don Juanito Mora.

Muy contenta, Peluquina nunca paraba de cotorrear, silbaba las canciones de moda, piropeaba a los soldados, lanzaba hurras a don Juanito, a Nicolás y a Pancha. Saludaba a quienes pasaban frente a sus ojos; rezaba el Padre Nuestro, el Ave María y contestaba las letanías, al más sacro estilo de las devotas señoras de las cofradías; también maldecía y decía palabras groseras en contra de los filibusteros.

En ocasiones, los soldados le seguían la corriente y esta, a manera de una experimentada actriz dramática, fingía un desmayo, caía “patas p’arriba”, se estremecía y quedaba como inconsciente. Aprovechaba todo momento para hacer gala de su ingenio. Salió volando, y haciendo peligrosas acrobacias, se acomodó en el tronco de una galera y cantó:





*“Urria, Urria. Peluquina
A su amo servirá
Y la victoria
nuestra será”
“Urria urria, filiteros asesinos,
muertos hambre, asesinos
con Nicolás morirán”*

A partir de junio de 1856, la peste cesó de hacer estragos. Ante la presencia de un selecto grupo de soldados costarricenses, don Juanito Mora aprovechó el momento y les dio a conocer sus angustias y la necesidad de volver al campo de batalla, que en esta segunda fase de la guerra tenía como escenario los campamentos, vapores y fuertes ubicados en la ruta del río San Juan.

Entre los miembros de este destacado grupo de soldados reunidos para escuchar los planes del presidente Mora, figuraba Nicolás Aguilar, quien no daba ni un paso sin su Peluquina, acomodada de manera holgada y tranquila en sus hombros. Ambos escucharon atentos los detalles de esta peligrosa y temeraria estrategia militar, junto a soldados, como el mayor Máximo Blanco, con una larga experiencia en estas lides.

El 3 de diciembre de 1856, don Juanito ordenó la movilización de San José hasta Alajuela de la División de vanguardia del ejército, compuesta por unos 200 soldados, los mejores del ejército, quienes se desplazarían por una ruta nueva, selvática y llena de peligros.



Antes de que el ejército partiera, el presidente Mora dio las instrucciones en un sobre cerrado al mayor Blanco. Este creyó que viajarían por la ruta tradicional, que era la del río Sarapiquí hasta llegar al río San Juan; pero para su sorpresa, las instrucciones eran que remontará por una ruta novedosa, utilizando las veredas cercanas al curso del río San Carlos, hasta llegar al río San Juan y de ahí tomar el campamento filibustero ubicado en La Trinidad.

Nadie conocía estas directrices, ni a dónde ni cómo se avanzaría por una ruta llena de peligros y con una espesa vegetación. El mayor Blanco, conforme avanzaba, cumplía con obediencia las órdenes recibidas del presidente Mora. Y no lo van a creer: la famosa y popular Peluquina enrumbó con el pelotón, acomodada en el hombro de su amo, el valiente soldado Nicolás Aguilar.

Antes de partir, Nicolás amaestró a Peluquina para que cuando visualizara en el horizonte grupos armados filibusteros se lo dijera. Estos códigos eran secretos entre el soldado y su mascota. Ella musitaba palabras a su oído y el sargento Aguilar entendía sus mensajes.

Durante la marcha, la tropa acampó en Alajuela, Grecia, Laguna, Mancos, Peje y San Carlos. Esta comenzó a diezmar producto de lo insalubre de la ruta, la falta de alimentos y al intenso calor húmedo y pegajoso de los bosques lluviosos, las abruptas montañas y cantidad de insectos que destrozaban su piel con incesantes y dolorosas picaduras.





Entre las nubes cargadas de lluvia, Peluquina revoloteaba veloz y se escurría con gran maestría entre las frondosas copas de los árboles, pero nunca perdía de vista su regimiento.

El 14 de diciembre, esta vanguardia de soldados armados con fusiles de chispa, partieron en lanchas rústicas e inseguras por el río San Carlos, pero solamente 80 pudieron llegar a la desembocadura del río San Carlos, en el caudaloso río San Juan. Navegando en sus imponentes aguas, se acercaron al campamento filibustero en La Trinidad, que se encontraba en la confluencia del río Sarapiquí con el río San Juan. Desde aquí, se iniciaría la toma de la famosa vía del tránsito, que tanto desvelaba a don Juanito Mora.

En medio de un terrible sopor tropical unido al cansancio provocado por fuertes e interminables aguaceros, aturcidos por la bulla provocada por el gorjeo, chillidos, susurros y croas enloquecedores de las cigarras, ranas, sapos, y pájaros; los soldados comenzaron a prepararse para entrar en acción.

El 21 de diciembre, la avanzada de valientes hombres pasó una noche muy cruel. Estaban hambrientos, empapados, con la ropa y las municiones humedecidas por un torrencial aguacero que no se detenía. Parecía que el cielo se había roto y tenía un enorme hueco por donde escurrían miles de gotas.

En estos momentos de incertidumbre, sumidos en la angustia, los soldados recordaban, en la distancia, el calor de sus hogares. Los fogones con cafeteras llenas de agua dulce caliente y tamales con queso y natilla; tortillas adobadas con asiento de chicharrón, gallitos de picadillos de arracache, papa, chayote y otras delicias culinarias que cocinaban las esposas, madres, hermanas y novias que habían dejado solas, en sus casas y ranchos, para servir a la patria.

La esperanza del regreso al lado de sus seres amados los mantenía con optimismo y alimentaba una inquebrantable fe en que la victoria estaba de su lado porque su causa era justa. ¡Cuánto anhelaban una jarra de café bien caliente con unos biscochos, totoposte, gallina achotada y papa con chicasquil! Tal era el hambre y la desolación, que ya estaban alucinando. Hasta lograban oler el café recién chorreado. Jamás iban a permitir que forasteros les arrebataran tantas delicias y esos hermosos recuerdos impresos en su memoria. Era su cultura, sus tradiciones, su forma de vivir. Era pelear hasta morir. No había otro camino para defender lo que tanto amaban: sus familias y su terruño, la tierra que los acogió cuando nacieron, esa que llamaban patria.

Muchos hacían juramentos secretos. Se persignaban y en silencio oraban con mucha fe. Si la Divina Providencia y la Virgencita de los Ángeles les daban el triunfo, regresarían a sus hogares y serían mejores compañeros, ciudadanos y trabajadores. Ahora si dedicarían más tiempo para chinear a sus chacalines y a los bebés los acurrucarían en sus brazos. Sus lágrimas se confundían





con la lluvia y sus nostálgicas miradas despedían destellos de esperanza. Estaban dispuestos a darlo todo por un futuro colmado de paz y de trabajo, en fraternal convivio con sus familias y sus vecinos ¡Primero muertos que vencidos! Costa Rica sería libre, y para lograrlo dejarían en las batallas hasta su última gota de sudor y de sangre.

Peluquina los observaba con atención. A ratos se desprendía del hombro de Nicolás y revoloteaba ágil de árbol en árbol, sin perderlo de vista. Retornaba y cantaba emocionada a los soldados;

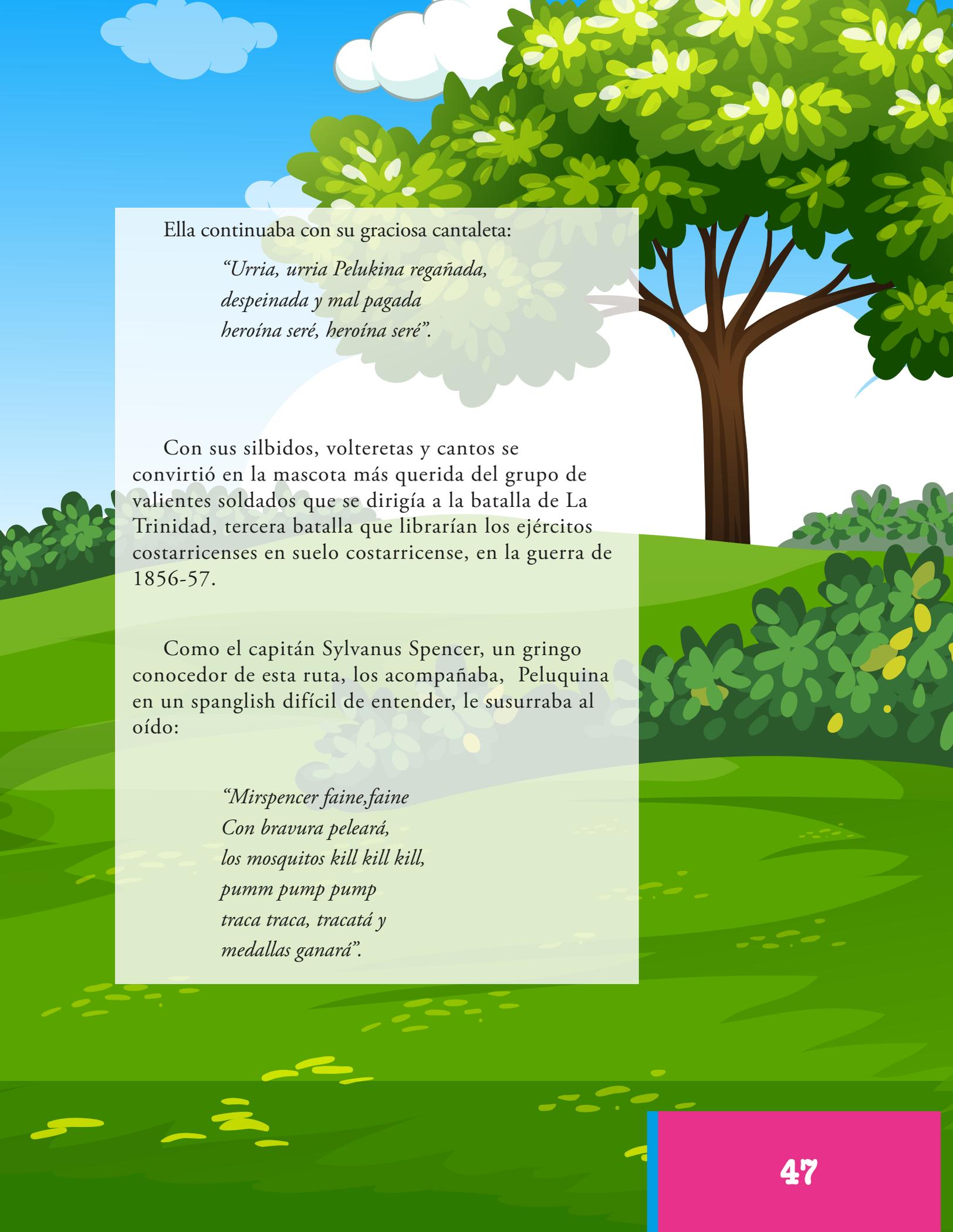
*“Peluquina a la guerra va,
A matar filiteros.
General a yo seré,
Y no moriré”.*

Daba tres volteretas, se hacía la desmayada y agregaba:

“Ayyy, ayyy ayyy no moriré”.

Como no paraba de hacer sus piruetas, los soldados, le seguían el cotorreo y cantaban al unísono:

*“Peluquina, despeinada,
sos una espía mal pagada:
¿cuándo te vas a callar?”*



Ella continuaba con su graciosa cantaleta:

*“Urria, urria Pelukina regañada,
despeinada y mal pagada
heroína seré, heroína seré”.*

Con sus silbidos, volteretas y cantos se convirtió en la mascota más querida del grupo de valientes soldados que se dirigía a la batalla de La Trinidad, tercera batalla que librarían los ejércitos costarricenses en suelo costarricense, en la guerra de 1856-57.

Como el capitán Sylvanus Spencer, un gringo conocedor de esta ruta, los acompañaba, Peluquina en un spanglish difícil de entender, le susurraba al oído:

*“Mirspencer faine, faine
Con bravura peleará,
los mosquitos kill kill kill,
pumm pump pump
traca traca, tracató y
medallas ganará”.*



El capitán Spencer se carcajeaba porque disfrutaba de sus disparates. Resultó ser una lora bilingüe, muy aventajada en el aprendizaje del inglés. Un día, en tono de broma, Spencer dijo al sargento Nicolás que se la regalara. Este muy atento contestó que primero ganaran la batalla y luego lo verían. Peluquina entendió el asunto. Enfurecida agitó sus alas y voló a 150 metros de altura y se dejó venir de una manera tan violenta que tanto Nicolás como Spencer quedaron atónitos. Faltando unos pocos metros para llegar al suelo, la intrépida lora desplegó sus hermosas alas de un plumaje verde esmeralda y se detuvo. Los fulminó con su mirada y nunca más Nicolás y Spencer volvieron a mencionar este asunto ante la leal, orgullosa y valiente Peluquina.

A la mañana del 22 de diciembre de 1856, los jefes ofrecieron 500 pesos, a nombre del gobierno de la República, al soldado que protagonizara valientes muestras de valor y coraje patrio, en el desempeño de su defensa en esta batalla. Este ofrecimiento infló el estado de ánimo de los soldados.

Peluquina, muy despabilada y juiciosa, acompañó a varios soldados a inspeccionar cómo estaba la situación de los enemigos. Fue una misión de espionaje. Se desplazaron entre la frondosa y apabullante vegetación tropical de manera silenciosa y observaron, detenidamente, la ubicación de los filibusteros en el campamento. Peluquina retornó al lado de Nicolás, se posó en su hombro derecho y le susurró al oído la clave secreta: five or none (las cinco o ninguna), que indicaba la presencia de muchos filibusteros enemigos en dicho

campamento. De inmediato, Nicolás le prestó la atención debida y alertó al mayor Blanco para que planificaran una estrategia de asalto improvisado al grupo filibustero. Es así como se planificó la gloriosa batalla de La Trinidad.

Peluquina entusiasmada cantó en vos baja y un poco ronca a los soldados:

*“Urría, urria, filiteros fuerte están,
a volar plomo los soldados ticos van,
los cobardes filiteros se rendirán
y los ticos con Nicolás ganarán”.*

Y es así como este grupo de valientes soldados realizó un ataque fulminante e inesperado contra los enemigos. Durante el enfrentamiento, Nicolás saltó hacia la trinchera enemiga y disparó contra el centinela, luego se apoderó del cañón del enemigo y sin vacilación alguna, fulminó a quienes trataron de causar bajas a su regimiento. Su accionar, colmado de coraje y bravura, lo hizo acreedor del premio ofrecido.

En el fuerte La Trinidad, los soldados costarricenses pelearon con coraje e hidalguía y se envalentonaron al grito de ¡Viva Mora! del mayor Blanco. De manera rápida tomaron la ventaja y salieron victoriosos, gracias a las valerosas hazañas del soldado Nicolás Aguilar. Dejaron claro a Walker y a su ejército filibustero, que nunca entrarían al territorio nacional porque aquí encontrarían soldados y una población valiente y dispuesta a morir, en la defensa de la soberanía y la paz.





Peluquina celebró con majestuosos y arriesgados vuelos la valentía de su amo. Nicolás, extasiado por la hazaña realizada, orgulloso le acariciaba su verde plumaje. Peluquina silbó emocionada al observar la cara de felicidad de su amo y del mayor Blanco, fundidos en un fraterno abrazo, con los demás valerosos soldados que hicieron posible esta memorable página de la historia patria.

Nicolás Aguilar, haciendo honor a su hombría, desinterés y amor patrio, fue muy modesto y no cobró su premio. Peluquina revoloteó muy contenta por encima del frondoso dosel que rodeaba las riberas del río San Juan y para que se luciera mejor, Nicolás le hizo un vistoso lazo en el cuello con un pañuelo que tenía los colores de la bandera patria.

Peluquina, que no se cambiaba por nadie, lució radiante esta insignia entre las copas de los árboles, cual medalla de honor; así, el blanco, azul y rojo ondeaban flamantes a manera de presagio de la bendita paz, la libertad y la esperanza en un futuro más promisorio para Costa Rica.

Treinta años después, el nombre de Nicolás Aguilar volvió a relucir cuando el Supremo Congreso de la República le brindó honores por su valiosa contribución a la patria, le pagó el premio de los 500 pesos, le confirió el grado de Coronel del Ejército Nacional, le asignó una pensión vitalicia, lo condecoró con una medalla de oro y lo declaró héroe nacional.

Peluquina volaría el resto de su vida feliz con la alegría que proporciona el disfrute de la libertad. Nunca más sería de nadie, pero siempre sería leal y nunca olvidaría al valiente Nicolás Aguilar, héroe de La Trinidad, su compañero de faenas militares y de espionaje, y a su cariñosa heroína Pancha Carrasco.

Hoy, cuando vemos nuestro cielo azul surcado por un grupo de loras, les enviamos un sincero agradecimiento, en recuerdo a esta insigne lora parlanchina, espía en La Trinidad.

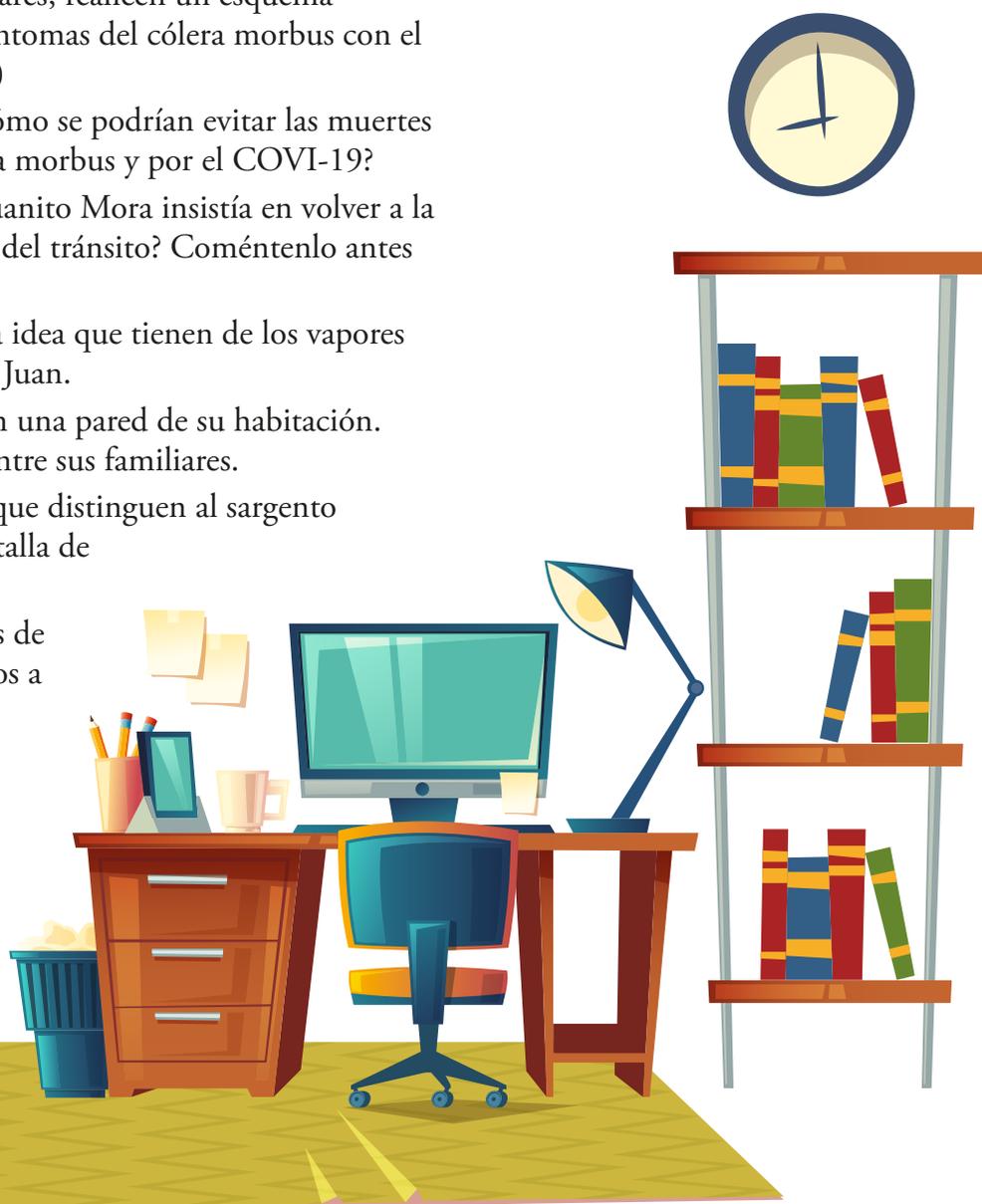
*“Pelukina, Pelukina,
Costa Rica agradecida,
hoy te ve revolotear
en las manadas de loras,
que libres vemos pasar,
sobre los bosques y el cielo
de este hermoso y libre,
país tropical”.*



Actividades

para realizar en casa

1. Lean el cuento y busquen el significado de las palabras desconocidas.
2. Busquen en Internet las causas de la Campaña Nacional de 1856-1857.
3. Dibujen a Peluquina junto a Pancha Carrasco, tal y como se la imaginan ustedes.
4. Investiguen en Internet de qué manera afectó el cólera morbus al Ejército de Costa Rica y a la población entera durante la guerra de 1856-57.
5. Con ayuda de sus familiares, realicen un esquema comparativo entre los síntomas del cólera morbus con el Coronavirus (COVI-19)
6. Según sus opiniones, ¿cómo se podrían evitar las muertes ocasionadas por el cólera morbus y por el COVI-19?
7. ¿Por qué el presidente Juanito Mora insistía en volver a la guerra para tomar la vía del tránsito? Coméntenlo antes de responder.
8. Dibujen, entre todos, la idea que tienen de los vapores navegando en el río San Juan.
9. Expongan sus dibujos en una pared de su habitación. Comenten los dibujos entre sus familiares.
10. Mencionen los valores que distinguen al sargento Nicolás Aguilar en la batalla de La Trinidad.
11. Enumeren las cualidades de Peluquina en sus servicios a la patria.
12. Redacten, en grupo, un pensamiento, poesía o canción en honor al héroe Nicolás Aguilar, a la heroína Francisca Carrasco y a Peluquina.



Quinto cuento: James Brown, filibustero con alma de artista



oy James Brown. En Nicaragua me pusieron James Coffee. Algunos me llamaban Jaime café. Llegué a Nicaragua en 1856 porque me ofrecieron unas cuantas hectáreas de terreno y una buena paga. Pero, la verdad, es que vine porque sufría de una pena amorosa. Mi novia Margaret, con quien me iba a casar, murió de neumonía y no pude superarlo.





Vivía en Luisiana y era repartidor de periódicos. Estos publicaban noticias de lo bien que le iba a un tal William Walker en sus conquistas de nuevos territorios tropicales. Al principio había desconfianza con este personaje, porque sus anteriores aventuras habían sido un total fracaso pero años después se convirtió en un símbolo de éxito, en tierras lejanas y exóticas.

Se publicó un anuncio en donde se invitaba a formar parte del grupo destinado a colonizar la zona conocida como la Mosquitia, en la costa atlántica de Nicaragua. Hombres solos como yo y numerosas familias, sentimos el llamado de un glorioso destino y nos atrevimos a dejar nuestro país, por el sueño de iniciar una vida nueva.



Ilusionado me recluté con un grupo de *frebotter*- filibusteros en español. Pregunté el por qué se llamaban así. Me contestaron que así se les denominó a los piratas del siglo VXII en el Mar Caribe y que eran sus antepasados. Al igual que lo hicieron los antecesores, nosotros, filibusteros de mitad del siglo XIX (1850), vendríamos a Centroamérica en busca de tesoros y de mejores oportunidades.



Eso de ser pirata, aventurero y ambicioso, buscador de riquezas y gloria no me interesó pero sí me atraía el ofrecimiento de tierras, formar una familia con muchos chacalines-así les decían en Rivas a los babys y vivir como un hacendado, al mejor estilo de los acaudalados algodóneros de los estados del sur de Estados Unidos. Lástima que Margaret ya no estaría a mi lado para hacer realidad nuestros sueños en tierras tropicales.

Conforme fui conociendo al grupo de soldados al mando de William Walker supe que realmente éramos un ejército privado, colmado de hombres provenientes de distintos lugares como Cuba, Francia, Alemania, los Estados del sur de Norteamérica y de otras latitudes. Empuñaríamos las armas para establecer la esclavitud en estos países. Me asusté porque esto no formaba parte de mis planes al venir, por voluntad propia, a Centroamérica, pero ya era “very late” -muy tarde-, para cambiar mi decisión.

Un 4 de marzo de 1856 llegué a Nicaragua, en uno de los vapores de la compañía Accesoría del Tránsito. Traía un pequeño maletín de cuero con las cartas de amor que intercambié con Margaret, dos fotografías suyas y tres mudadas. Nos ofrecieron que, apenas nos alistáramos como parte del ejército liderado por Walker y sus hombres, nos darían hospedaje, uniforme, comida, ropa, calzado y salario. De la noche a la mañana me convertí en un seguidor de Walker y en un defensor de sus ideas esclavistas para estos cálidos y lluviosos países. De la noche a la mañana me hice filibustero.

Nuestro lema era “Five or none”, las cinco repúblicas o ninguna y este encabezaba todas las gestiones de esta falange. Dejaba entrever que ningún filibustero se regresaría al norte sin haber hecho realidad sus sueños de conquista y de ganarse una extensa propiedad y una buena suma de dinero.





A los pocos días logré darme cuenta que formaría parte de un grupo de soldados pagados para pacificar el conflicto entre liberales y conservadores, quienes tenían una desgastada guerra civil en Nicaragua y luego establecer la esclavitud en toda la región, con la ayuda de mano de obra negra, proveniente de países caribeños y de los estados sureños.

Five or none, five or none, decíamos al unísono y en voz alta cuando Walker nos reunía. Él nos dio a conocer su ideario esclavista y expansionista y aunque no quedé convencido ya estaba enrolado y no tuve oportunidad de salirme a tiempo, porque el 17 de marzo, con un grupo grande de filibusteros bien armados, estaba en camino hacia una hacienda llamada Santa Rosa, en Guanacaste.

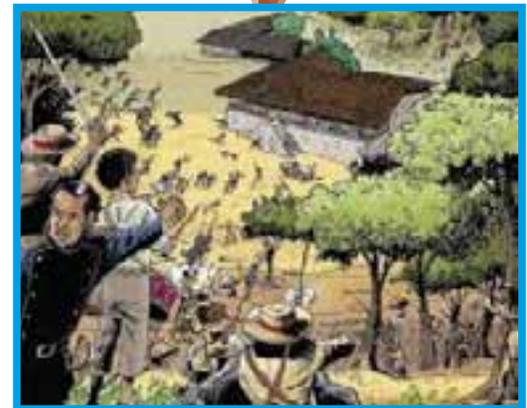
Además de repartidor de periódicos yo formaba parte de una banda que interpretaba diferentes ritmos en un selecto club de blancos en Luisiana y en ocasiones amenizaba fiestas privadas de las familias de mucho abolengo, descendientes de franceses, instalados en esta zona. Sabía mucho de notas, claves, del pentagrama y de periódicos pero nada de balas, fusiles, estrategia militar o guerras.

Cuando me vi entre las filas de esta gendarmería me cuestioné si eso era lo que yo deseaba y la verdad que no. No podía entender las instrucciones de algunos jefes filibusteros porque hablaban en español, francés y alemán y yo solamente hablaba inglés pero en ocasiones, el destino nos juega mal y solo esperaba salir bien de esta aventura militar.

Me sentía extenuado, sudoroso y sediento porque el inhumano e implacable sol abrasador de la pampa Guanacaste me estaba derritiendo como un brownie. Con pocos alimentos y un pesado rifle, maldije mi pésima decisión y pensé en lo tonto que era al arriesgar mi vida por intereses que iban en contra de la gente de mi mismo color de piel. A cada paso que daba me repetía: “pelearé en una guerra por un país que no es el mío, por unas ideas locas que no comparto y por una riqueza que tal vez, nunca llegará”.

Instalados en la casona de Santa Rosa, el 20 de marzo, busqué un rincón de la casa donde hubiera una salida que me permitiera huir de manera rápida y segura y me senté de cuclillas a esperar la batalla. Los minutos se me hicieron eternos. Mi uniforme estaba empapado y mi sudor salía del fondo de mi alma. Apenas inició la batalla, la casona se convirtió en la torre de Babel. Nadie se entendía. Se armó tal desorden en la falange filibustera que quienes huyeron de primero fueron los jefes y detrás de ellos, nosotros. Despavoridos gritábamos que ese ejército era de alguna otra nación europea pero nunca de la pobre, pequeña y desvalida Costa Rica.

El combate duró apenas 14 minutos y el humilde pero bien preparado ejército costarricense nos demostró, en su primera batalla, que en Costa Rica encontraríamos hombres y mujeres valientes, dispuestos a ofrendar su vida por conservar la libertad y la soberanía del país. Lo había pronosticado el Presidente Mora en su I proclama:





“...Aquí no encontrarán jamás los invasores partidos, espías, ni traidores. ¡Hay del nacional o extranjero que intentara seducir la inocencia, fomentando discordias o vendernos! Aquí no encontrarán más que hermanos, verdaderos hermanos resueltos irrevocablemente a defender la patria, como a la santa madre, hasta el último de sus enemigos”

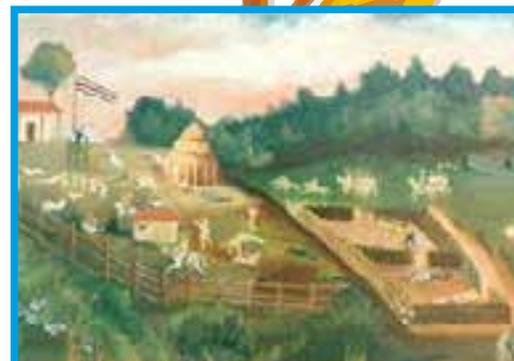
Regresé agotado y muy atormentado a Rivas. Había comprendido que lo mío no era la milicia y de manera inmediata lo comuniqué a Walker. Este me interpeló muy enojado y sacudiéndome de los hombros me preguntó qué a qué había venido. Verlo tan furioso, cuando lo conocía como un hombre frío y calculador, me puso muy nervioso porque sabía que fusilaría a los desertores. Temblando le contesté que en esta vida no todo era guerras, conquistas y poder. Que también había otros intereses y que yo era un soñador, músico con alma de poeta y espíritu bohemio.

Walker abrió sus ojos grises de tal tamaño que por poco se le salían de sus órbitas y como un energúmeno musitaba: ¿de dónde habrá venido este juglar de la guerra? Adiviné sus macabros pensamientos y traté de calmarlo. Presuroso, le solicité al soldado que estaba al frente de la casa de Walker que me facilitara su trompeta que tocaba para avisar la llegada o la partida de las tropas. Extrañado de tal petición, presuroso la puso en mis manos y con gran dominio del instrumento, interpreté una reconocida pieza que estaba de moda en los salones de las elegantes casas de Luisiana. Evocaba las que se oían en los restaurantes de los grandes

vapores que navegaban por el río Misisipí. Tenía notas sublimes inmersas en tintineos nostálgicos y melodiosos. Walker, quien además de militar era médico, abogado y periodista, se quedó de una pieza, suavemente tomó asiento, cerró sus ojos y en silencio me escuchó, extasiado.

Por solicitud del mismo Walker, conformé una banda militar que amenizó las reuniones sociales más sonadas de la aristocracia de Granada, Rivas, León y Masaya. Durante los meses que nos mantuvimos en territorio nicaragüense compartimos y disfrutamos de un variado intercambio musical con grupos locales y me convertí en el músico más popular, porque mi banda estaba presente en todos los eventos sociales a los cuales asistían miembros de la elite filibustera, adeptos a Walker, políticos y miembros del partido Liberal de León y hermosas damitas de la alta sociedad. Ahí comprendí y valoré que la música unía a los pueblos.

En este tiempo no la pasé nada mal, pero Walker perdió la guerra. No pudo ni supo enfrentar las estrategias militares, el coraje y la bravura del ejército costarricense en las batallas de Santa Rosa, Sardinal y la Trinidad, ni tampoco en la toma de los fuertes y los vapores en el río San Juan. De igual manera no pudo repeler el ataque conjunto de las milicias centroamericanas. Sus ambiciones en el istmo se fueron al traste.





Con los miembros de mi banda fui tomado preso por el ejército costarricense. Por ser bien intencionado la justicia me ayudó. Mientras estuve preso en la cárcel en San José, propuse al Director del centro penal que, mientras nos llegaba el juicio, me permitiera organizar un grupo musical para entretener a los presos. Sin mucho preámbulo nos concedió el permiso y los domingos, en el patio de la cárcel, tocábamos música alegre y variada de Nicaragua, del sur de Estados Unidos, de Costa Rica y de otros países, para el deleite de los familiares de los presos y de los policías que nos cuidaban.

Don Juanito Mora, el héroe y libertador de esta gran guerra, fue informado de que este grupo de filibusteros presos deseábamos ser liberados y retornar a Estados Unidos pero que no teníamos dinero para comprar los tiquetes del barco. Entonces se apresuró el trámite para lograr nuestra libertad y don Juanito nos sugirió que, para recaudar dinero, interpretáramos música y comedias en el Teatro Mora, el único que había en Centroamérica en aquellos años y construido por él.

En las tardes domingueras don Juanito, después de asistir a las populares peleas de gallos, se daba una vuelta por el Teatro y nos saludaba. Atrás habían quedado los odios y los resentimientos de la guerra. Valoré en don Juanito su inteligencia, solidaridad, don de gentes y amable hospitalidad.

Con la ayuda de un público fiel y solidario, que disfrutaba de nuestro *spanGLISH*, lo cual hacía muy

divertidas nuestras presentaciones, logramos recoger el dinero suficiente para pagarnos los tiquetes.

Mis amigos, músicos y comediantes, ex filibusteros regresaron a su patria, todos menos yo, porque me enamoré de una hermosa guanacasteca, de largas trenzas, ojos de ensueño; y por mera coincidencia se llamaba Margarita. Con ella me casé y construí una casita en Playas del Coco. Formé un lindo hogar en Costa Rica, tierra libre y soberana, gracias a los esfuerzos, al coraje y la valentía de su pueblo, liderado con inteligencia, coraje y visión por otro insigne soñador y noble patriota: don Juan R. Mora Porras.



Actividades

para realizar en casa

1. Hagan la lectura del cuento en forma individual o en familia.
2. Busquen en sitios Web (Internet) la ubicación geográfica de Luisiana, río San Juan, Rivas, Santa Rosa, San José y Playas del Coco.
3. Completen la lectura de las dos primeras Proclamas de don Juan Rafael Mora Porras. Las puede encontrar en <https://www.museojuansantamaria.go.cr/campana-nacional.html#primeracampa%-C3%B1a-nacional>
4. Comenten las ideas con sentido patriótico que encuentran en las Proclamas y relaciónenlas con la letra del Himno Nacional. ¿Encuentran alguna similitud?
5. Profundicen sobre la presencia filibustera en Nicaragua. Puede acceder a: La vida cotidiana en Granada, Nicaragua, durante el régimen filibustera de William Walker (1855-57) de Michel Gobat. Lo encuentra en el libro Filibusterismo y Destino Manifiesto en las Américas, en el Museo Histórico Cultural Juan Santamaría: <https://www.museojuansantamaria.go.cr/filibusterismo-y-destino-manifiesto-en-las-americas>
6. Este cuento cambió su opinión relacionada con algunos filibusteros que vinieron a pelear en la guerra de 1856-57.
7. Compartan la idea de que “la música une los pueblos”. Justifiquen su respuesta con quienes comparten esta lectura.
8. Busquen en Internet datos biográficos sobre Juan R. Mora Porras. Entérense de las razones por las cuáles don Juan lideró la guerra contra las falanges dirigidas por William Walker que estaban en Nicaragua.
9. Dibujen la imagen que tienen en su mente de James Brown en la etapa de su vida que más le gusta: repartidor de periódicos, filibustero en la batalla de Santa Rosa, músico en grandes salones, músico en la prisión y hombre de familia en playas del Coco.
10. Redacten su propia versión de James Brown y su participación en la guerra de 1856-57. Compártanla con su familia. Esperemos que su versión supere con creces la que le hemos dado en este cuento.
11. Peguen los dibujos y pensamientos patrios extraídos de la lectura de este cuento.





Sexto cuento:

D

terminó la guerra!

Yo vivía junto a mi mamá y una hermanita en una casita de adobes camino a Desamparados. Siempre madrugaba para ir a la escuela y por las tardes ayudaba a mi madre escogiendo los frijoles, trayendo leña para cocinar en el fogón, barriendo los patios repletos de hojas que se desprendían de las matas de chayote que rodeaban la casa y haciendo los mandados.





Nuestra casa era pequeña. Contaba con un corredor al frente, una galera atrás y tres aposentos. En uno dormíamos los tres en dos camones con esteras de paja, en otro cocinábamos y teníamos un moledero, un trastero y una mesa que servía de sala para recibir las visitas, en el otro cuarto, muy oscuro por cierto, guardábamos chunches y cosas para labrar en el cerco.

En la galera pasábamos la mayor parte del tiempo haciendo oficios como lavando las ollas y los comales de hierro con ceniza y jugando con amiguitos que vivían cerca de la casa con trompos, canicas y llevando de un lado para otro café, maíz y frijoles en carretitas con bueyes de madera.

A pesar de que estábamos en guerra, mamá y las señoras vecinas vivían pendientes de todo lo que sucedía. Los hombres del pueblo, como mi padre, peleaban en Nicaragua. Yo no entendía muy bien contra quienes, pero escuché al cura decir en las misas dominicales, que esos enemigos eran malos y nos quitarían nuestras casas, la religión católica y la paz en la que vivíamos.

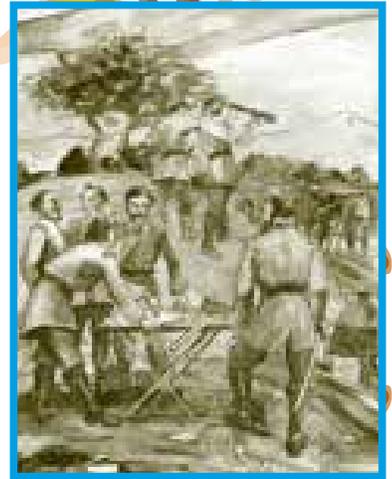
Eso me ponía muy triste. No habíamos vuelto a tener a papá en la casa. Mamá se cansaba mucho porque hacía los oficios de ella y los de mi papá. Entre todos recogíamos la cosecha del café obtenida de un pequeño cerco que estaba a la par de la huerta y trabajábamos en esta en las tardes, desyerbándola y haciendo las eras para cultivar algunas verduras y hortalizas. Mi mamá vestía de negro rígido por la muerte de dos hermanas, debido

a una gran diarrea que trajeron los soldados meses atrás y también murieron primos y algunos vecinos. Hubo mucha desolación en nuestro barrio por esa peste pero el curita seguía diciendo que la guerra no podía detenerse hasta echar al enemigo de estas tierras.

En las tardes mi madre se sentaba con otras vecinas a comentar sobre la guerra. Decían tantas cosas que a mí se paraban los pelos de miedo, abría los ojos y casi ni respiraba cuando decían que tal vez nadie regresaría con vida porque el enemigo recibía muchas armas de otros lugares muy ricos, que a todos nos harían sus esclavos, tendríamos que hablar de otra forma y aprender otra religión. Escucharlas y ponerme a rezar de inmediato era el único consuelo posible en aquellas fatales circunstancias.

Los días se hacían eternos. No me iba nada bien en la escuela. Pasaba pensando todo el tiempo en la guerra, en la muerte, en mi padre y en su regreso a la casa. Recordaba que cuando se fue nos llevó al centro de San José y ahí el jefe de los sacerdotes despidió a los soldados y él me dijo que nunca dejara sola a mi mamá y a mi hermanita y yo le cumplía esa promesa con todo el coraje y la obediencia que él esperaba de mí.

A veces me molestaba con el Presidente Mora y con el cura de la iglesia. Algunos decían que Mora era muy terco al continuar con esta guerra y deseaban que todos regresaran pronto. Los que más entendían el enredo de la guerra aseguraban que lo mejor para Costa Rica era no





rendirse y llegar hasta el final porque si perdíamos o nos rendíamos el destino que nos esperaba era muy cruel. También supe que a nuestros soldados los ayudaban otros ejércitos de países cercanos al nuestro y que la guerra cada día se complicaba más.

Estábamos en el mes de abril de 1857. Las noticias que se recibían era que nos iba bien y que estábamos ganando. Yo rezaba todas las noches con la ilusión de que mi padre regresara con vida. Nada me importaba más que eso. Y un día, como un milagro que me hacía el Niño Dios, la maestra nos dijo muy feliz que la guerra había terminado y que habíamos obligado al enemigo a rendirse el 1 de mayo de ese año. Yo no pude esperar más y salí corriendo de la escuela a contarle a mi madre y a mi hermanita la gran noticia ¡Papá volvería! Ese fue el día más feliz de mi vida.



Mi madre muy afanosa y radiante de felicidad nos puso a recoger todo lo que estaba mal puesto en la casa. Recuerdo que barría tres veces al día el patio por si papá llegaba en cualquier momento que todo lo encontrara tan bien como él lo había dejado. Lo peor es que yo no paraba de barrer porque las matas de chayote estaban muy secas por el verano y las hojas eran abundantes en su caída. A pesar de tanto trabajo, estaba muy contento y ansioso por la llegada de los soldados victoriosos y sobre todo de mi papá.

Una vecina avisó a mi madre que el 13 de mayo, de ese inolvidable año de 1857, muy tempranito

estarían llegando las tropas a San José y que había que salir a recibirlos. Mi madre me volvió a ver y me dijo rebotante: Chepito ahora sí, a ponernos guapos para recibir a tu tata.

Jamás olvidaré la fiesta que vivimos ese día. Mamá se puso hermosa y a nosotros nos bañó muy bien y nos dio pedazos de tejas para que raspáramos nuestros pies descalzos. Quedaron rosados de tanto que los restregamos. Yo me puse unos pantalones cortos y una camisa blanca, mi hermanita se puso un vestido de flores rosado y mi madre se quitó el luto. Se veía muy feliz y con una mirada alegre y llena de esperanza. Se recogió su pelo largo y frondoso en un moño y se pasó un poco de color en sus labios y en su mejillas, estaba radiante.

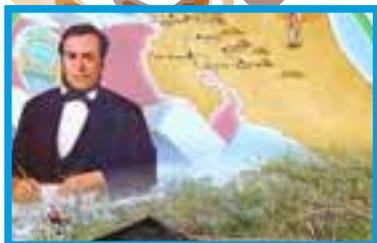
Nos fuimos junto a un grupo de vecinos que iban a caballo y en carretas. Ese día yo hubiera caminado hasta Nicaragua si hubiera sido necesario para encontrarme con mi papá. Nos ubicamos cerca de la Plaza Mayor. Había mucha gente. Nos dijeron que al paso de los soldados les lanzáramos flores y los aplaudiéramos. Pasaban y pasaban y nosotros a todos los festejábamos pero mi padre no aparecía por ningún lado. Carretas engalanadas, caballos bien montados, soldados con sus uniformes limpios y los altos militares con sus condecoraciones que lanzaban destellos al sol. Nuestra bandera danzaba movida por el viento del verano. Fue un recibimiento lleno de alegría y sentimientos encontrados: llantos y sonrisas a la vez.





Muchos no esperaban a nadie porque la guerra se los llevó. Familias como la nuestra se notaban muy ansiosas porque aparecieran sus seres amados entre el pelotón. Ahí por primera vez experimenté lo que significa el amor a la patria. De pronto unas lágrimas se escaparon de mis ojos y rápidamente con la mano las sequé. No quería que mi padre viera que su hijo lloraba pero es que también cuando se siente que el corazón va a explotar de felicidad, el llanto aflora y nos ahoga.

Vivas y cantos patrióticos entonados por todo el pueblo se escuchaban con fuerza. Veía el Pabellón ondear frente a mí y me sentí muy feliz al estar de la mano de mi mamá y de mi hermana. Pensé: lo que siento es el amor por la patria que nos explica mi maestra en la clase y que nunca entendí. Este sentimiento compartido por la labor cumplida y con honores me hacía sentirme dueño del mundo. Nunca había sentido nada igual. Amaba a mi país, a mi gente, a los soldados, a mi familia, al Presidente Mora y al curita del pueblo. Estaba feliz porque se había defendido nuestra paz y nuestra libertad. Ya no seríamos esclavos. Hasta sentía que de nuevo respiraba.



De pronto divisamos varias carretas que traían a los soldados heridos. Y ahí, por un sobrero viejo y descolorido reconocí a mi papá. No pude más, solté la mano de mi madre y corrí hacia él. Subí a la carreta y lo abracé. Mi papá me pegó a su pecho y nos fundimos en un profundo abrazo, bañados con lágrimas de gozo. Pasamos frente a mi hermana y a mi madre. Mi padre las miró extasiado. Él no le falló a la patria... y nosotros tampoco.

Actividades

para realizar en casa

1. Lean el cuento de manera individual o familiar.
2. La persona con mayor edad organiza a los presentes para que realicen entre todos un resumen del cuento.
3. Cada quien dibujará el personaje que le resultó más agradable y lo identificará con una palabra que indique el valor que lo caracteriza.
4. Se presentan al grupo familiar y exponen las características de este personaje y por qué lo seleccionaron.
5. De manera secreta colocan en un papelito el nombre del miembro de la familia que tiene características semejantes a cada uno de los personajes seleccionados.
6. Se sientan en una ronda, a metro y medio de distancia entre cada uno, cierran los ojos y reflexionan sobre los sufrimientos familiares que se generan en épocas de guerras, epidemias, accidentes, otros.
7. Cada miembro de la familia expone cómo se deben comportar en períodos de crisis.
8. Al finalizar la ronda, aplauden para compartir el sentimiento de la solidaridad y del cariño familiar.
9. Se levantan, expresan sus emociones con ejercicios o danzas y organizan una merienda para compartirla. Esta se debe llamar: “Juntos defenderemos todo lo que queremos”.

